

La polarización de la transición de la juventud a la edad adulta en México*

Julieta Pérez Amador**
Silvia E. Giorguli Saucedo**

Resumen

La reciente diversificación y estratificación cualitativa de las trayectorias educativas de los jóvenes mexicanos, aunada a la incertidumbre económica, ha resultado en la polarización de la transición de la juventud a la edad adulta. En este trabajo usamos datos de la Encuesta Demográfica Retrospectiva de 2011, y aplicamos técnicas de análisis de historia de eventos, para analizar cambios y continuidades en la relación entre características educativas y laborales y las transiciones a la primera unión, al primer matrimonio y al inicio de la maternidad/paternidad. Nuestros resultados indican que los jóvenes universitarios son menos propensos a formar uniones libres y más propensos a postergar el nacimiento del primer hijo que los jóvenes sin estudios universitarios. Aunque observamos diferencias similares al comparar entre jóvenes con preparatoria y con secundaria, estas diferencias son de menor magnitud. Esto sugiere que el pequeño grupo de jóvenes que tienen el privilegio de asistir a la universidad y acceder a mejores empleos tienen una trayectoria hacia la adultez distinta y más tardía que los jóvenes con menores niveles educativos. Asimismo, encontramos continuidad en las diferencias de género en el efecto del estatus laboral en las transiciones familiares, sugiriendo la persistente orientación familista de la sociedad mexicana.

*Trabajo presentado en el VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, realizado en Lima-Perú, del 12 al 15 de agosto de 2014.

**Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México. jpa@colmex.mx; sgiourguli@colmex.mx.

1. Introducción

La juventud como objeto de políticas públicas específicas ha estado presente a lo largo de la historia reciente de México, aunque dichas políticas cambian en su concepción a partir de la inclusión más explícita de los jóvenes en la agenda internacional sobre desarrollo. En el caso mexicano, hasta antes de la década de los noventa los temas que afectaban a los jóvenes se trataban dentro de las diversas políticas sectoriales directa o indirectamente o a través de instituciones, asociadas al deporte, recreación y educación técnica. Es hasta más recientemente que se definen políticas específicas orientadas a la integración de los jóvenes al desarrollo.¹

Este cambio en la orientación de las políticas de juventud se da en un contexto de transformaciones sociales y demográficas en México que involucran o afectan a la población joven. Por un lado, ha habido un proceso de fuerte expansión en la educación, acompañado de otro que reproduce la estratificación social por las diferencias en la calidad educativa dependiendo de la modalidad. Por otro, se mantienen perspectivas poco favorables en el mercado de trabajo. Finalmente, a lo largo de las últimas décadas se ha consolidado una marcada heterogeneidad en las trayectorias familiares, que nos hablan de experiencias de vida muy distintas entre los jóvenes en México. En términos demográficos, los retos para atender a la demanda educativa, laboral y de bienestar entre los jóvenes se dan en el momento de mayor peso relativo de la población joven en la estructura demográfica.

La investigación sobre juventud y, en particular, sobre la transición a la adultez ha destacado la importancia de esta etapa del curso de vida en la medida en que durante ésta se hace evidente que los resultados del acceso diferenciado a oportunidades reproduce la dinámica de la desigualdad social prevaleciente en cada contexto y tiene consecuencias para la trayectoria futura de los individuos. En este mismo sentido, las instituciones y las acciones dirigidas específicamente a la juventud tendrían el potencial de disminuir la desigualdad social y favorecer la integración positiva o exitosa de los jóvenes a la vida familiar y productiva durante la adultez.

En este trabajo analizamos la diversidad de trayectorias en el tránsito a la adultez en México para aproximarnos a la heterogeneidad prevaleciente entre patrones y analizar en qué forma las trayectorias educativas y laborales tienen un impacto posterior en la conformación familiar. Para ello, comparamos los cambios en la salida de la escuela, la entrada al mercado de trabajo, la formación de una unión y la llegada del primer hijo en tres generaciones, a saber, 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980. Cada una de ellas experimentó el tránsito a la adultez entre mediados de los sesenta y los setenta (la primera) y los mediados de los noventa y la primera mitad de la década pasada (la última). Suponemos que los cambios o constantes en los patrones de cada una de estas generaciones responden a la mediación del contexto

¹ La historia de las instituciones vinculadas al tema de juventud refleja el cambio en la orientación de las políticas para atender a esta población. En 1950 se crea el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana cuyas actividades se concentraron en la capacitación profesional en artes populares, equipos deportivos y diversas actividades artísticas. En 1976 se transforma en Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (CREA) y finalmente desaparece en 1988 y sus funciones pasan a la Comisión Nacional del Deporte (Carmona, 2014). Con la conformación del Instituto Mexicano de la Juventud en 1998 y del Primer Programa Nacional de la Juventud 2002-2006, en el cual se ubica a los jóvenes como “actores estratégicos en el desarrollo nacional” (IMJ, 2002), se construye un enfoque integral de atención que se mantiene en el Programa Nacional de la Juventud 2008-2012 (IMJ, 2008). En éste último se incluye con mayor énfasis la atención a la desigualdad en oportunidades educativas y laborales, además de otros temas como ciudadanía y atención a la salud de los jóvenes.

institucional específico, dentro del cual las políticas de atención a la juventud han tenido un rol marginal. Con este ejercicio proponemos reflexionar sobre en qué medida las políticas sectoriales y específicas han respondido a la realidad sociodemográfica en la que ocurre la transición de la juventud a la edad adulta en México y ubicar aspectos particulares no atendidos.

Ubicamos estos procesos en un contexto más amplio de cambios debido a la globalización y la transformación en los mercados de trabajo que la han acompañado. La globalización ha aumentado o reafirmado el ambiente de incertidumbre en el que los jóvenes experimentan los cambios en su situación escolar, en el trabajo y en la formación familiar (Mills y Blossfeld, 2005). En este contexto, las instituciones nacionales—sistema educativo, estructura del mercado de trabajo, los sistemas de seguridad social y políticas sociales (incluyendo las de atención a la juventud) y los sistemas familiares—juegan un papel fundamental como mediadoras entre las oportunidades, la creciente incertidumbre y la forma en la que ocurre la transición a la adultez.

El trabajo está organizado en cuatro secciones. En la primera se hace una breve revisión de las instituciones que potencialmente pueden intervenir en la forma en que se da el tránsito a la adultez, a saber, el mercado de trabajo, el sistema escolar, el sistema de seguridad social (incluyendo políticas sociales y políticas de atención a la juventud) y el sistema familiar, caracterizándolas para el caso mexicano. En la segunda se presentan la metodología y la fuente de datos utilizadas para el análisis de cuatro dimensiones—salida de la escuela, entrada al mercado de trabajo, formación de una primera unión y llegada del primer hijo—en tres cohortes de mexicanos residentes en zonas urbanas en México. Posteriormente, se presentan los resultados de dicho análisis, en el cual se enfatizan los cambios y continuidades en cada una de las transiciones estudiadas. En las conclusiones se analiza y argumenta sobre la manera en que las instituciones y las políticas públicas responden a las especificidades del tránsito a la adultez en México; en particular, se reflexiona sobre la forma en que mitigan, disminuyen o refuerzan las desigualdades sociales prevalecientes.

2. El contexto institucional de la transición de la juventud a la edad adulta en México

El tránsito a la adultez es la etapa en el curso de vida de los individuos en la cual se asumen nuevos roles y responsabilidades que gradualmente les dan autonomía respecto del hogar de origen. La forma en la que se da esta transición está definida por el contexto de oportunidades a las que acceden los jóvenes y que reproducen el esquema de desigualdad social prevaleciente. Así, en una sociedad altamente estratificada en cuanto al acceso a la educación y las oportunidades en el mercado de trabajo, las trayectorias de los jóvenes serán heterogéneas y estarán definidas por la condición de clase, el estatus del hogar, la educación de los padres, la residencia en zonas urbanas y rurales, por ejemplo.

Este esquema de desigualdad interactúa, a su vez, con diversas instituciones que influyen en la forma, el momento y la secuencia en la que se dan dichas transiciones. La escuela, el mercado de trabajo, el sistema de seguridad social—incluyendo las políticas sociales—y el sistema familiar estructuran en mayor o menor medida el curso de vida de los jóvenes. Definen, por ejemplo, las edades normativas a las que la población debe asistir a la escuela, entrar al mercado de trabajo o casarse por primera vez. También tienen el potencial de mediar y disminuir las diferencias en el acceso a oportunidades entre los jóvenes en el marco de la desigualdad social existente—dependiendo de la cobertura y del carácter compensatorio

y/o universal del régimen social (Mills y Blossfeld, 2005; Gauthier, 2007; Fussell et al., 2007).

El caso mexicano se define como un régimen social dual (Filgueira y Filgueira, 2002; Valencia, 2010) y familista (Mills y Blossfeld, 2005). Su carácter dual responde al acceso diferenciado a ciertos servicios sociales dependiendo de la participación en el mercado de trabajo formal o informal.² Así, por ejemplo, el acceso a servicios de salud, a ciertas prestaciones y beneficios laborales, a un sistema de pensiones depende del tipo de empleo. En sus inicios, con la creación del Instituto Mexicano del Seguro Social, se genera una distinción en cuanto al acceso a seguridad social entre los trabajadores formales y sus familias y los trabajadores con otras formas de empleo. Más tarde, conforme se consolida un mercado de trabajo segmentado con un amplio sector informal, el carácter dual del sistema de bienestar se mantiene e inclusive se refuerza. El cambio a una política asistencialista en los noventa no logra paliar el aumento en la desigualdad y persiste una diferencia en acceso a la salud.

En el caso de la educación, el enfoque ha sido hacia la expansión de los servicios educativos ofrecidos por el Estado con un enfoque universal. Ciertas políticas asistenciales de los noventa, tales como las transferencias condicionadas en programas como Oportunidades, influyen directamente en la asistencia escolar al condicionar el otorgamiento del recurso a que los niños y jóvenes (hasta la educación media superior) sigan inscritos en la escuela. Más recientemente ha habido diversos esfuerzos para ampliar la cobertura de servicios sociales, en especial en salud y en educación. Sin embargo persiste una segmentación entre servicios de más o menos calidad, lo que da acceso a servicios diferenciados según el lugar de residencia (rural o urbano), el nivel socioeconómico o la afiliación del trabajador (y sus familiares).³

La definición del régimen social mexicano como “familista” lo refiere a un esquema que depende ampliamente de la familia como red de apoyo para llenar los vacíos de protección social que el Estado no cubre.⁴ El apoyo familiar se vuelve fundamental para ofrecer cuidados y enfrentar situaciones de vulnerabilidad social y económica (Giorguli et al., 2009). En el caso específico de los jóvenes, la familia se vuelve un recurso importante para apoyar la inversión en educación, ampliar las opciones laborales, subsidiar periodos de desempleo en espera de mejores trabajos, apoyar financiera y emocionalmente en caso de matrimonios o embarazos tempranos, por ejemplo. Cabe señalar que una de las características de los regímenes familistas es la baja participación laboral femenina, dado que muchas de las

² En la caracterización de Filgueira y Filgueira (2002), los tres tipos de regímenes de bienestar en América Latina son el universalista estratificado, el dual y el excluyente.

³ Tal vez el caso más claro sea el de los servicios de salud. Aunque la cobertura se ha ampliado con la creación del Seguro Popular (Vargas, 2011), el tipo de cobertura y la calidad del servicio varía entre los diversos proveedores públicos de salud (Seguro Popular, IMSS, ISSTE, etcétera).

Otro ejemplo se refiere a la expansión de la educación media básica. Durante la década pasada se dio un importante aumento en la cobertura correspondiente a la secundaria. En ciertos estados como Oaxaca y Chiapas, esta expansión se basó en la modalidad de educación a distancia—telesecundaria. Aunque se cumplió con el objetivo de incrementar la cobertura, también se mantuvo un patrón de diferenciación social en la medida en que la calidad y los resultados de la telesecundaria distan de los observados en las modalidades presenciales (Cárdenas, 2010).

⁴ Mills y Blossfeld (2005) distinguen cinco tipos de regímenes de bienestar: el liberal, el social-demócrata, el conservador, el familista y el postsocialista. Estos varían en términos de las políticas de empleo, de desempleo, de acceso a servicio y transferencias a las familias y de la participación del sector público en la fuerza de trabajo.

necesidades de protección y cuidado son cubiertas por las mujeres, lo cual limita y restringe su entrada y permanencia en el mercado de trabajo.

Dentro de este marco dual y familista que caracteriza al régimen mexicano, las políticas sociales adquieren básicamente un carácter compensatorio en la medida en que buscan paliar los efectos negativos del contexto económico pero no modifican sustancialmente el acceso desigual a oportunidades entre la población joven. Para esta población en particular, las políticas de transferencias monetarias implantadas a finales de los noventa y durante la primera década de este siglo coadyuvaron a la expansión de la cobertura educativa (Skouffias y Parker, 2001; Meza, 2009). Sin embargo, no se acompañaron de políticas que subsanaran las diferencias en la calidad de la educación ni de una política activa que modificara las condiciones de empleo de los jóvenes. En el caso de las mujeres jóvenes, su rol como proveedoras de cuidado, en especial de los hijos pequeños y en edad escolar, sigue restringiendo su participación en el mercado de trabajo dada la moderada expansión y el acceso restringido a servicios de guarderías públicas (en muchos casos, disponibles sólo para las mujeres empleadas en el sector formal y afiliadas a alguno de los sistemas estatales—IMSS, ISSTE) y las escasas opciones de cuidado para los hijos en edad escolar (por ejemplo, las escuelas de horario extendido).

Como se mencionó en la introducción, desde la década de los noventa hubo un cambio en la forma en que se concibió a la juventud como objeto de las políticas públicas. Hasta antes de esa década, las políticas específicas orientadas a los jóvenes se concentraban en actividades de recreación y de deportes. Con la creación del Instituto Mexicano de la Juventud en 1998, se busca dar un tratamiento integral y transversal a la atención de las problemáticas de los jóvenes y se ubica el tema de la inserción productiva a la vida nacional como un eje en el discurso. Así, por ejemplo, en el Programa Nacional de la Juventud 2008-2012 se incluyen como objetivos centrales el superar el rezago educativo y el generar opciones de trabajo decente para los jóvenes. Se da menos peso, sin embargo, a las ventajas de postergar una primera unión y la llegada de los hijos como mecanismos para favorecer el logro de cierta estabilidad económica antes de asumir otros compromisos—como lo representan el formar una familia propia. Tal vez la excepción es el tratamiento específico al embarazo adolescente (entendido como aquel que ocurre de manera no planeada antes de los 18 años) (Instituto Mexicano de la Juventud, 2008).

En cuanto al tratamiento diferenciado por género, ha habido un esfuerzo importante por disminuir las brechas en el logro educativo, las cuales de hecho han disminuido en los últimos veinte años. Las mujeres jóvenes son, además, el eje central de atención en las escasas políticas de salud sexual y reproductiva orientadas a la población en este rango de edad. En este plano de políticas y acciones se incluye la prevención del embarazo adolescente y el apoyo a las madres adolescentes—pero no hay una discusión sobre el embarazo y la formación de una unión a edades jóvenes fuera de la adolescencia. Adicionalmente, no existe un esfuerzo explícito por incorporar la dimensión de género para abordar el tema de participación laboral de los jóvenes.

Figura 1. Características actuales del mercado de trabajo y del sistema educativo mexicano que influyen sobre la transición a la adultez

Mercado de trabajo	Sistema educativo mexicano
<ul style="list-style-type: none"> • Persistencia de un amplio sector informal—con acceso restringido a esquemas de protección y seguridad social. 	<ul style="list-style-type: none"> • Expansión del SEM, especialmente en lo referente a la cobertura de la educación media básica y media superior.

<ul style="list-style-type: none"> • Incremento en la rotación laboral y aumento en la duración de los periodos de desempleo. • Persistencia de condiciones de trabajo precarias, especialmente entre los jóvenes. • Cambio en la estructura del empleo: incremento de los empleos en servicios de baja calificación y semicalificados. • Disminución en los empleos manuales no calificados. • Incremento en la participación laboral femenina. Más acelerado hasta los noventa, más moderado en la última década. 	<ul style="list-style-type: none"> • Estratificación en cuanto a la calidad de la educación según modalidad (presencial, a distancia, técnica); especialmente notoria entre zonas rurales y urbanas. • Elevada deserción y no terminación del nivel. • Flexibilidad y facilidad para moverse entre diferentes modalidades (a distancia, técnica, escolarizada general). • Elevada competencia por el acceso a los espacios públicos de a nivel media superior y superior.
--	---

Fuente: Elaboración de las autoras basada en los aspectos que Mills y Blossfeld (2005) y Liefbroer (2005), entre otros estudios, han señalado como analíticamente relevantes en la vinculación entre mercado de trabajo, sistema educativo y transiciones a la adultez.

Desde la formación de las instituciones de salud y educativas hasta la fecha, el sistema de bienestar mexicano mantiene su carácter dual y diferenciado no sólo por el acceso, sino también por la calidad en el servicio. Las tres generaciones que analizamos en este trabajo vivieron las etapas de transición a la adultez en diferentes momentos. La primera, 1951-1953, llegó a los 15 años y transitó por ese periodo durante los sesenta y setenta, en una etapa de consolidación de las instituciones y antes de la crisis que afectó la inversión pública. La segunda, 1966-1968, experimentó las diversas transiciones en la etapa de crisis económica y antes del cambio hacia una política asistencialista. La tercera, 1978-1980, vivió la implementación de programas sociales de carácter asistencialista durante la adolescencia, y el cambio en la política de juventud hacia un enfoque orientado a la inserción productiva cuando tenían alrededor de 20 años; por ello es probable que dichas políticas no influyeran en la forma ni el momento en que se dieron las transiciones.

Para entender la forma en que se da el tránsito a la adultez en México, a este contexto del régimen social y de políticas sociales, se suman las características propias del mercado de trabajo y del sistema educativo mexicano. La figura 1 sintetiza los aspectos de cada una de estas instituciones vinculados a las transiciones al trabajo y fuera de la escuela. Para resumir, para los jóvenes mexicanos se mantiene una dinámica de acceso diferenciado y desigual a las oportunidades—de especial relevancia las vinculadas al ámbito educativo—, una alta dependencia de los apoyos económicos y sociales de la familia y un panorama de persistente incertidumbre en el ámbito laboral.

A partir de lo anterior, suponemos que al evaluar el cambio a través de las generaciones se observará efectivamente un retraso en la entrada al mercado laboral, en la medida en que el sistema educativo se ha expandido. Sin embargo, dada la estructura de la desigualdad en México, suponemos que los cambios en las trayectorias laborales y familiares serán evidentes especialmente entre aquellos que continúan a la educación superior reproduciendo así un esquema de heterogeneidad entre los jóvenes según nivel educativo. En el mismo sentido, al mantenerse un patrón estratificado de oportunidades laborales, suponemos que—a pesar del aumento en la escolaridad—para los jóvenes en empleos menos calificados y en una situación más precaria, no se observará un retraso claro en las transiciones familiares (entrada en unión y nacimiento del primer hijo). Contrario a lo que ha sucedido en los países desarrollados—

donde la expansión en la educación y el aumento en la demanda de mano de obra calificada favorecieron que se pospusiera la edad a la unión y al nacimiento del primer hijo—en México esperaríamos que lo ocurrido en el ámbito productivo (escuela y trabajo) no tenga un impacto claro en las transiciones en el ámbito familiar.

Finalmente, esperamos encontrar diferencias de género en las trayectorias. A pesar de que la brecha educativa ha disminuido, la participación de las mujeres mexicanas en el mercado laboral se mantiene baja y el aumento en la escolaridad “no alcanza” para modificar el patrón de edad a la unión y a la llegada del primer hijo entre las mujeres (Zavala y Páez, 2013). Al no modificarse el contexto institucional y mantenerse una amplia dependencia de los recursos familiares para las labores de cuidado, la participación laboral femenina se ha modificado lentamente entre las generaciones más recientes. Poco más del 40% de las mujeres entre los 25 y los 49 años de edad no participan en trabajos extradomésticos (García y Pacheco, 2011). Suponemos que la participación en el mercado de trabajo será un determinante fundamental en la diferenciación de las trayectorias a la adultez entre las mujeres mexicanas, inclusive en las generaciones más recientes.

Antecedentes de investigación

La transición de la juventud a la edad adulta ocurre en México relativamente temprano en el curso de vida de los individuos. Como en la mayoría de las sociedades, ésta es más temprana en las mujeres en comparación con los hombres, y es más anticipada en ámbitos rurales que urbanos (Tuirán, 1999, Echarri y Pérez Amador, 2001, 2007). Si consideramos que el 50% de las mujeres urbanas han completado ya los cinco eventos típicos de la transición a la edad 23, y comparamos este indicador con su similar en otras sociedades desarrolladas y en vías de desarrollo, podemos concluir que los jóvenes mexicanos transitan a la adultez a una edad comparativamente baja. A esta corta edad, ya han tomado decisiones que sin duda impactarán su vida futura y desafortunadamente, lo hacen en un marco de creciente desigualdad social.

La investigación sobre la transición de la juventud a la edad adulta ha revelado las disparidades existentes tanto en el tiempo, es decir, el momento en el curso de vida, en que ocurren los eventos sociodemográficos que marcan el paso de la juventud a la edad adulta, como en las trayectorias optadas por los jóvenes de diferentes sectores sociales. Por ejemplo, los y las jóvenes de bajo nivel socioeconómico salen más temprano de la escuela y entran más temprano al mercado laboral que sus similares con mayor nivel socioeconómico (Conapo, 2000; Echarri y Pérez Amador, 2000, 2007; Mora y Oliveira, 2008). Los primeros tienen también mayor probabilidad de combinar la escuela y el trabajo (Giorguli, 2011); es decir, inician su carrera laboral antes de concluir su carrera educativa, lo que, desafortunadamente se relaciona con una mayor probabilidad de deserción escolar (Hobart, 2004). Asimismo, las transiciones familiares ocurren a edades más tempranas entre los y las jóvenes de bajos recursos, y tienen también mayor probabilidad de formar una unión libre en lugar de un matrimonio al iniciar su vida en pareja (Solís, 2004; Pérez Amador, 2008, 2013).

Respecto a la secuencia de los eventos, es decir, en el tipo de trayectoria que toman hacia la adultez, se ha encontrado, por ejemplo, que mientras para la mayoría de los y las jóvenes el primer empleo es el primer evento experimentado (Echarri y Pérez Amador, 2000, 2007), las mujeres de bajo nivel socioeconómico experimentan como primera transición la salida de la escuela (Mora y Oliveira, 2008). De hecho, ellas también tienen las probabilidades más bajas de experimentar el primer empleo, es decir, las menores posibilidades de ingreso al mercado

laboral. De este modo, los autores sugieren que en este grupo se manifiesta la doble desigualdad, de género y socioeconómica, dando a estas mujeres pocas oportunidades de movilidad social. En un estudio previo se identificó también que las diferencias de género en la transición de la juventud a la edad adulta eran mayores en los sectores de bajo nivel socioeconómico, no sólo en cuanto a la salida de la escuela y el primer empleo, sino también en las transiciones en la esfera familiar (Conapo, 2000).

La simultaneidad y la distancia entre los eventos es otro de los aspectos donde se manifiestan las diferencias socioeconómicas en la transición de la juventud a la edad adulta. Por ejemplo, la salida de la escuela coincide con el primer empleo de manera más frecuente entre los hombres con bajo nivel socioeconómico. También, la coincidencia entre la entrada en unión conyugal y el nacimiento del primer hijo, o bien, un corto intervalo entre estos eventos, es más común entre las mujeres con bajo nivel socioeconómico. Finalmente, la transición a la primera unión y el nacimiento del primer hijo coinciden mayormente con la salida del mercado laboral entre las mujeres de baja escolaridad (Ariza y Olivera, 2005); aunque esta última no sea considerada como evento en la transición de la juventud a la edad adulta, igualmente ejemplifica las disparidades que se manifiestan en esta etapa de la vida en el curso de vida de los jóvenes mexicanos.

En resumen, la transición de la juventud a la edad adulta en México se experimenta de manera diferente entre los jóvenes de distintos sectores sociales y entre hombres y mujeres. Incluso se argumenta que la estandarización del curso de vida de los jóvenes nunca se ha logrado en nuestro país (Coubés y Zenteno, 2005). En su lugar, la variabilidad e incluso la divergencia en el calendario y el tipo de trayectoria hacia la adultez reflejan la creciente desigualdad que enfrentan los jóvenes durante esta etapa en el curso de vida. Paradójicamente, el incremento en la desigualdad entre los jóvenes ha ocurrido durante una etapa de expansión educativa y otras ganancias sociales. Así, los resultados de la investigación previa sugieren la existencia de caminos divergentes hacia la adultez en jóvenes mexicanos fuertemente delineados por su posición en la escala social.

3. Aspectos metodológicos

El análisis que se presenta usó como fuente de información la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (Eder). Ésta es representativa de la población residente en zonas urbanas del país de tres generaciones: aquellos nacidos entre 1953-1995, 1966-1968 y 1978-1980. Se entrevistó a un total de 2,840 personas. El cuestionario de la Eder sigue la metodología de historia de vida; los individuos proporcionan información sobre diferentes características sociodemográficas para cada año de su vida, es decir, a cada edad. Esto permite ubicar los eventos y seguir las trayectorias en el curso de vida de los individuos. Nosotros nos enfocaremos en los eventos que han tipificado la transición de la juventud a la edad adulta desde la perspectiva sociodemográfica: la salida de la escuela; el primer empleo; la primera unión y el primer matrimonio; y el nacimiento del primer hijo. Nuestro interés específico está en observar los efectos de ciertos aspectos que caracterizan a las dos primeras transiciones sobre la ocurrencia de las tres últimas. Dado nuestro enfoque en la etapa de transición de la juventud a la edad adulta observamos a los individuos hasta la edad 29, para un total de 85,200 años persona-vividos.

Dado el diseño del cuestionario, algunos de los eventos captados deben tener una duración de al menos un año para poder ser considerados y registrados. Por ejemplo, el primer empleo captado por la Eder es en realidad el primer empleo con duración mínima de un año y por

este motivo, es posible que éste no represente necesariamente la primera inserción de los jóvenes al mercado laboral. Por su parte, la salida de la escuela, que comúnmente ocurre a mitad del año, no se capta hasta el siguiente año calendario, por lo que la edad a su ocurrencia posiblemente estará sobreestimada. Estos dos aspectos deben ser tomados en cuenta al interpretar nuestros resultados.

Para aprovechar la riqueza de la historia de vida que nos ofrece la Eder, decidimos definir la salida de la escuela como el primer año de no-asistencia a la escuela para los jóvenes con trayectorias escolares ininterrumpidas; pero para los que tienen trayectorias interrumpidas sólo consideramos la primera interrupción como salida de la escuela si ésta tuvo una duración de más de dos años. Esta decisión aunada a lo mencionado en el párrafo anterior resultará en una edad a la salida de la escuela más elevada que la que se ha reportado con otras fuentes, principalmente las encuestas nacionales de juventud de 2000, 2005 y 2010.

Respecto a las transiciones familiares, la Eder nos reporta la edad a su ocurrencia. En el caso de la transición a la primera unión, podemos hacer la distinción entre unión libre y matrimonio; también se proporciona información sobre la transición de la primera unión al matrimonio cuando este es el caso. Aprovechando esta información, definimos dos eventos de interés, el primero es la transición a la primera unión sin distinción de su tipo, es decir, incluyendo tanto uniones libres como matrimonios. El segundo es la transición al matrimonio, en la que consideramos únicamente los matrimonios (civiles y/o religiosos) dejando a los unidos en unión libre como sobrevivientes al evento. Finalmente, la transición al nacimiento del primer hijo es medida como la edad a su ocurrencia.

Como estrategia metodológica utilizamos el análisis descriptivo de algunas características sobre educación y empleo a las edades 20 y 25, y otras específicamente relacionadas con el momento del primer empleo, es decir con la *calidad* del primer empleo con duración de al menos un año que obtuvieron los y las jóvenes. Después realizamos estimaciones de tabla de vida de la ocurrencia de los cinco eventos considerados para analizar su calendario. Finalmente, para relacionar las características de educación y empleo de los jóvenes con sus transiciones familiares utilizamos modelos de análisis de historia de eventos en tiempo discreto, los cuales nos permiten estimar la probabilidad de ocurrencia del evento (primera unión, primer matrimonio, primer hijo(a)) en el tiempo t , dado que no ha ocurrido hasta el tiempo $t-1$, y dadas las características sociodemográficas antes mencionadas. Nuestra unidad de tiempo es la edad en años cumplidos, por lo que estaremos estimando la probabilidad de ocurrencia de los eventos en cuestión a cada edad, definiendo el inicio de exposición al riesgo a los 12 años de edad.

Para analizar las características de educación y empleo a edades 20 y 25 y al momento del primer empleo se utilizaron las siguientes variables categóricas: asistencia a la escuela (asiste, no asiste); el nivel de instrucción (primaria o menos, secundaria, preparatoria, carrera técnica, universidad); duración de la jornada laboral (tiempo completo, tiempo parcial); posición en el empleo (patrón y asalariado, cuenta propia y otros); y ocupación (manual no calificado, manual semi calificado o calificado, no manual no calificado, no manual semi calificado o calificado). Estas variables nos sirven como variables proxy del nivel de incertidumbre laboral en la que se enmarca la transición de la juventud a la edad adulta. En los análisis de regresión utilizamos una versión reducida de éstas como variables independientes incluyendo los años de experiencia laboral; en esta ocasión, se introducen y analizan como variables cambiantes en el tiempo.

4. Resultados

En esta sección comenzaremos por mostrar las tendencias en los marcadores demográficos de la transición de la juventud a la edad adulta. Mostraremos las funciones de sobrevivencia de cada evento (gráficas 1-5), sus respectivas medianas y el rango intercuartil (cuadros 1a y 1b), a fin de observar si el tiempo que le ha tomado a los jóvenes transitar de la juventud a la edad adulta ha variado entre las cohortes aquí consideradas. Todo ello diferenciado por cohorte y para cada sexo. Además nos detendremos brevemente en observar algunas características del primer empleo, enfocándonos en los cambios ocurridos entre las tres cohortes.

4.1 Transiciones a la salida de la escuela y el primer empleo

La educación y el primer empleo de los jóvenes

La expansión del sistema educativo en México se ve presente en las edades a las que los jóvenes de las distintas generaciones han dejado la educación formal. Para ambos sexos, el mayor cambio se da entre la cohorte 1951-1953 y la 1966-1968 (véanse gráficas 1a y 1b). Así, se observa que los varones nacidos a finales de los sesenta permanecieron en mayor medida en el sistema escolar hasta las edades típicas de conclusión de la primaria y secundaria en comparación con los nacidos a principios de los cincuenta. Sin embargo, no se observa mayor diferencia entre estas dos generaciones en aquellos que permanecen hasta la edad típica de conclusión de estudios universitarios. Pese a estas observaciones puntuales, es decir, que ocurren en edades específicas, las funciones de sobrevivencia en su conjunto no resultan estadísticamente diferentes entre las cohortes, lo que nos sugiere que la expansión educativa ha sido más bien moderada para el sexo masculino.

<Entran gráficas 1a y 1b>

En el caso de las mujeres, no solamente disminuyó el porcentaje de las jóvenes que dejaron la escuela alrededor de la edad típica de conclusión de la primaria entre las generaciones 1951-1953 y 1966-1968, sino también la de secundaria y en menor medida, pero aún con un cambio notable, la de conclusión de la preparatoria. Además, y a diferencia de los hombres, en las mujeres se observa el cambio paulatino, pero continuo, a través de las tres cohortes, en aquellas que permanecen en el sistema educativo hasta la edad típica de conclusión de estudios universitarios. Incluso, pareciera que entre los jóvenes de la cohorte más joven, son las mujeres y no los hombres, los que están permaneciendo en la educación formal por mayor tiempo.

Con excepción de la mayor permanencia de las mujeres en el sistema escolar alrededor de los 21 años, no se observan mayores diferencias entre la cohorte intermedia y la joven en la proporción de jóvenes que terminan la escuela en ninguna de las otras edades. Congruente con ello, se observa sólo un incremento de un año en la edad mediana a la salida de la escuela de cohorte a cohorte (véase cuadro 1a). Ésta fue de 15 años en la generación 1951-1953, un año más tarde en la generación intermedia y de 17 años entre los nacidos en 1978-1980. Respecto al rango intercuartil, observamos dos aspectos, primero un desplazamiento hacia la derecha, es decir, hacia edades más tardías, en el tiempo que le toma a cada cohorte completar este evento; y segundo, una compresión del mismo (véase cuadro 1b). Así, mientras a los nacidos a principios de los cincuenta les tomaba ocho años completar la transición, aquellos nacidos a finales de los sesenta y setenta lo hacían en cinco y seis años,

respectivamente. De este modo, la salida de la escuela ha pasado de ser temprana y dispersa, a un poco más tardía y menos dispersa.

<Entran cuadros 1a y 1b>

En el caso de las mujeres, la edad mediana a la salida de la escuela pasó de los 13 años en la cohorte 1951-1953 a 17 años en las cohortes más jóvenes (véase cuadro 1a), reflejando el importante aumento en la proporción de mujeres que permanecen en la escuela hasta las edades típicas de conclusión de los diferentes niveles educativos que ha ocurrido a partir de la segunda mitad del siglo pasado. De igual modo que los hombres, las mujeres están desplazando la ocurrencia de este evento hacia la derecha aunque en su caso, no se observa dicha concentración en el tiempo que le toma a cada cohorte completar la transición.

En resumen, la salida de la escuela está ocurriendo más tarde en los jóvenes nacidos a finales de los sesenta y setenta en comparación con aquellos nacidos a principios de los cincuenta, con las mayores ganancias observadas en las mujeres. El calendario de esta transición, se está compactando para los hombres pero no mayormente para las mujeres. A pesar del desplazamiento que se observa por el mayor tiempo en la escuela, podemos concluir que, al menos en el caso de las mujeres, no hay evidencia clara de una estandarización en la salida de la escuela.

La transición al primer empleo ha ocurrido en menor proporción antes de los 18 años en los hombres nacidos en 1978-1980 en comparación con los nacidos en alguna de las otras dos cohortes consideradas (véase gráfica 2a). Sin embargo, a partir de la edad 18, no se observan diferencias en la proporción de jóvenes que han transitado al primer empleo entre la cohorte vieja y la intermedia; más bien, entre éstas y la más joven se nota una diferencia, pero discreta, de los 18 a los 21 años. Resalta también, que desde los 27 años prácticamente todos los jóvenes de todas las cohortes han transitado al primer empleo. La mediana y el rango intercuartil al evento resumen claramente las tendencias descritas. La mediana permaneció constante entre las dos primeras cohortes y aumentó sólo en un año en la más joven, de modo que la mitad de los jóvenes nacidos a finales de los setenta ya habían experimentado el primer empleo a los 17 años de edad.

Donde si observamos cambios más sustanciales es en la edad a la que 25% de éstos jóvenes experimentan el primer empleo, ya que pasó de 12 años entre los nacidos en 1951-1953 a 15 años entre los nacidos en 1978-1980. Esto ha acortado en dos años el tiempo que le toma a la cohorte más joven hacer esta transición si la comparamos con la más vieja. Así, entre los hombres, ha disminuido la proporción de jóvenes que inician su vida laboral a edades tempranas, pero la mediana al evento se ha mantenido relativamente constante. Esto resulta en un intervalo intercuartil más reducido que nos sugiere la estandarización de esta transición. Sin embargo, al igual que en la salida de la escuela, en términos globales, las curvas de sobrevivencia no son estadísticamente diferentes entre cohortes, sugiriendo también sólo cambios moderados en esta transición. Este retraso en el primer cuartil entre generaciones (de 12 a 15 años) se compensa posteriormente dado que la cohorte más joven ingresa con mayor velocidad y por ello la mediana y el tercer cuartil no han cambiado tanto.

<Entran gráficas 2a y 2b>

La gráfica 2b muestra un interesante panorama en la transición al primer empleo entre las mujeres jóvenes. Pese a que la mediana al evento es la misma en las tres cohortes

consideradas (véase también cuadro 1), lo que ocurre antes y después de la edad 19 es contrastante. Las jóvenes nacidas a finales de los sesenta y setenta han retrasado sustancialmente la entrada al mercado laboral, pero entre los 18 y los 20 años, se han insertado con tal velocidad, que alcanzan a las nacidas a principios de los cincuenta. Por otro lado, a partir de los 21 años, se puede observar un aumento sistemático en la proporción de las jóvenes que transitan al primer empleo, de modo que, a la edad 29 se observa una diferencia de casi 20 puntos porcentuales en la proporción de mujeres que experimentó el evento entre la generación más vieja y la más joven. Esto refleja el aumento en la participación femenina en el mercado laboral, tendencia ya conocida y que se observa también en sinnúmero de fuentes de información de tipo transversal.

Respecto al tiempo que le toma a las jóvenes transitar al primer empleo, observamos únicamente un retraso de un año en la edad a la que el 25% de las cohortes nacidas a finales de los sesenta y setenta se ha insertado ya al mercado laboral; y ningún cambio en la edad a la que el 75% lo ha hecho. De modo que el rango intercuartil sólo difiere en un año entre estas jóvenes. No fue posible estimar el rango intercuartil para las jóvenes nacidas a principios de los cincuenta ya que, entre ellas, es muy baja la proporción que experimentó el evento. En términos globales, las curvas de sobrevivencia entre cohortes son estadísticamente diferentes por lo que podemos afirmar que la transición al primer empleo entre las mujeres ha cambiado de manera importante a través del tiempo y las generaciones.

En resumen, los cambios en las transiciones institucionales han sido mayores para las mujeres que para los hombres. Las diferencias de género en la permanencia en el sistema educativo prácticamente están desapareciendo en la cohorte más joven e incluso parece que la brecha educacional se revierte. No obstante, la brecha de género continúa siendo grande en la transición al primer empleo, pero los datos nos sugieren que se está acortando. Nos queda como pendiente indagar el por qué entre los hombres no se han dado cambios sostenidos entre cohorte y cohorte en estas dos transiciones. Llama especialmente la atención el poco cambio en la permanencia en el sistema educativo entre la cohorte intermedia y la más joven.

Antes de movernos a las transiciones familiares, consideramos conveniente detenernos en mostrar un panorama conjunto de las dos transiciones que hemos considerado hasta el momento. En el cuadro 2 presentamos algunos indicadores sobre educación y empleo a las edades 20 y 25 por sexo y cohorte. El primer de ellos es la proporción de jóvenes que asisten a la escuela, el cual refleja la mayor expansión educativa a través de las cohortes y entre los sexos. Observamos un poco de volatilidad entre los hombres; a la edad 20, únicamente se observa una diferencia estadísticamente significativa entre la cohorte intermedia y la joven. A los 25 años, la proporción de jóvenes que asiste a la escuela aumentó considerablemente entre la cohorte vieja y la intermedia, pero ya no se observaron ganancias estadísticamente significativas entre ésta y la cohorte joven.

<Entra cuadro 2>

El cambio más importante en este indicador se da entre las jóvenes. El porcentaje de mujeres que asistían a la escuela a los 20 años se triplicó pasando del 10% al 28% de la cohorte más vieja a la más joven. En este caso, las diferencias entre las tres cohortes son estadísticamente significativas. Como consecuencia, la brecha en la asistencia escolar entre hombres y mujeres ha disminuido, y entre los nacidos a finales de los años setenta parece, incluso, haber desaparecido. Como es de esperarse, la proporción de jóvenes que asiste a la escuela a la edad 25 es mucho menor en todos los casos. En las mujeres, no se observan diferencias entre

cohortes y en los hombres, la cohorte vieja aparece con mayor asistencia a esta edad en comparación con las otras. La dirección de este cambio es inesperada, ya que nos sugiere que antes cerca del 8% asistía a la escuela y más tarde sólo alrededor de 3% lo hace.

La proporción de hombres que trabaja a los 20 años bajó del 83% al 75% entre la cohorte más vieja y la más joven. Este descenso ocurriría ya a partir de la cohorte intermedia por lo que entre ésta y la joven no se aprecian diferencias en el indicador. Como es de esperarse, a la edad 25 nueve de cada diez jóvenes en cada una de las tres cohortes se encontraba trabajando. Por su parte, alrededor de la mitad de las mujeres estaba empleada a los 20 años. Es más bien en la edad 25 que se observan importantes diferencias entre la cohorte más vieja y las cohortes intermedia y avanzada; en la primera 43% de las jóvenes trabajaba, mientras en las últimas la proporción alcanza el 57%. Así, más de la mitad de las mujeres de la generación más reciente están empleadas en una edad que sobrepasa la edad típica a las transiciones familiares.

Entre los y las jóvenes que trabajan, observamos que en su mayoría se encuentran empleados de tiempo completo. Nueve de cada diez hombres a edad 20 y 95% a edad 25 reportaron trabajar jornadas completas, sin mayores diferencias entre cohortes. En las mujeres, se observa un aumento en el empleo a tiempo parcial entre las cohortes vieja y la más joven a la edad 20; pero el nivel de este indicador se ha mantenido estable entre las cohortes a la edad 25. Recordemos que nuestra medición de empleo únicamente capta periodos de empleo que duraron al menos un año, por lo que es posible que estemos subestimando el trabajo a tiempo parcial, ya que éste tiende también a ser menos estable en su duración.

El porcentaje de los jóvenes que trabaja y asiste a la escuela a la edad 20 se ubicaba alrededor del 15% entre los nacidos a principios de los cincuenta, bajando al 11.4% entre los más jóvenes. Es menor el porcentaje de las mujeres que realizan estas dos actividades simultáneamente y no se observan diferencias entre las cohortes. Considerando el indicador opuesto, es decir, la proporción de jóvenes que no trabaja y no estudia, observamos que son las mujeres en gran medida las que ya se ocupan de otras actividades tanto a la edad 20 como a la 25. Sin embargo, esta medida ha descendido de manera constante y considerable a través de las cohortes, de modo que en la cohorte joven 33% y 42% de las mujeres de 20 y 25 años, respectivamente, no trabajaba ni estudiaba.

Finalmente, mostramos la proporción de los y las jóvenes que han trabajado alguna vez hasta la edad 20 y 25, este indicador es el mismo que estimamos con tabla de vida, pero lo retomamos para dar contexto al siguiente indicador que mide la proporción de jóvenes que habiendo trabajado, han experimentado al menos un periodo de no empleo. Es importante notar que a la edad 20, 60% de las mujeres de todas las cohortes han trabajado al menos una vez, aun cuando no se encuentren trabajando en ese momento (alrededor del 50% no lo hace). A la edad 25, sin embargo, se notan importantes diferencias entre la cohorte vieja y las subsecuentes, de modo que ocho de cada diez mujeres nacidas a finales de los sesenta o setenta habían ya trabajado a esta edad. Respecto de la experiencia de al menos un periodo de no-empleo, el nivel entre hombres y mujeres es completamente diferente, ellas experimentan más el no-empleo.⁵ Sin embargo, observamos un aumento en este indicador para los hombres de la cohorte joven y las dos anteriores, pero un descenso en el mismo entre la cohorte vieja y las dos posteriores en las mujeres. Esto nos sugiere que las mujeres están

⁵ Recordemos que este indicador incluye el no-empleo voluntario y el involuntario y es muy factible que muchas mujeres hayan dejado el empleo para dedicarse al cuidado de los hijos y al trabajo doméstico. Por ello, el significado de esta variable es diferente para hombres y mujeres.

permaneciendo más tiempo empleadas, mientras los hombres, aunque con niveles mucho más bajos de no-empleo, están siendo un poco más susceptibles a experimentarlo en la cohorte más reciente.

En resumen, observamos cierta volatilidad a través de las cohortes en la experiencia de los hombres, mientras en las mujeres se nota mayor estabilidad en el cambio hacia mayores proporciones de las que permanecen por más tiempo en el sistema educativo, las que trabajan y las que han experimentado un periodo de no-empleo. Ahora, presentaremos otra serie de indicadores medidos al momento del primer empleo, sin diferenciar la edad de su ocurrencia (véase cuadro 3). Esto lo hacemos a fin de observar si existen cambios en la manera como los y las jóvenes se han insertado al mercado laboral.

<Entra cuadro 3>

En general observamos que los hombres de la cohorte intermedia se insertaron al mercado laboral con mayor simultaneidad entre la escuela y el trabajo, además de hacerlo en mayor medida con un empleo de tiempo parcial y no mejoraron significativamente su posición en el empleo en comparación con la corte vieja. Tampoco sufrieron modificaciones significativas en la estructura ocupacional, aún la mayoría se insertó al mercado laboral en ocupaciones manuales de baja calificación. El panorama para los nacidos a finales de los setenta sí se tornó diferente; en ellos la simultaneidad de las tareas escolares y laborales disminuye significativamente; también experimentan un ligero descenso en la proporción que ingresa como trabajador de tiempo parcial y su posición en el empleo se mueve significativamente al trabajo asalariado. Además, su estructura ocupacional es diferente con respecto a las cohortes vieja e intermedia; ellos se ocupan más como trabajadores manuales semi-calificados y calificados o como no-manuales de baja calificación. No observamos, sin embargo, un aumento en las ocupaciones no-manuales semi y calificadas. En general, este cambio del manual no calificado a no manual no calificado (categorías en las que se observa el menor cambio) se corresponde con el proceso de terciarización (incremento del sector servicios) de las economías urbanas en el periodo.

En las mujeres, resaltan las diferencias entre la cohorte vieja y las siguientes. Se nota un aumento en la simultaneidad de la asistencia escolar y el primer empleo, un aumento significativo en el trabajo asalariado y un movimiento del trabajo manual al no-manual. Entre la cohorte intermedia y la joven no se observan cambios significativos. De modo que a diferencia de los hombres, las mejoras en la transición al primer empleo se dieron entre la cohorte vieja y la intermedia, mientras en ellos, se dio más bien entre la intermedia y la joven.

Finalmente, la estructura ocupacional en el primer empleo muestra una clara diferencia por sexo. En las mujeres se consolida su participación mayoritaria en ocupaciones no manuales (más del 60% para la cohorte más joven de mujeres versus 35% en el caso de los hombres). También resalta la mayor participación de las mujeres de las cohortes intermedia y más joven en ocupaciones no manuales semicalificadas y calificadas en comparación con la de los hombres en su primer empleo.⁶

⁶ Existen dos hipótesis alternativas para explicar este dato. Por un lado, es posible que—dadas las diferencias en los niveles de participación económica de hombres y mujeres—lo que estamos observando es un efecto de selectividad; es decir, en la medida que las mujeres que tienen un empleo con duración mínima de un año tienen un mayor capital humano que los hombres, su inserción en el mercado de trabajo será en ocupaciones de mayor calificación. Otra hipótesis se refiere a la captación de la información sobre empleo en la Eder. Dado que el

4.2 Transiciones familiares

Niveles y tendencias de entrada en unión, tipo de la primera unión y primer hijo

En el ámbito de las transiciones familiares los datos analizados muestran una tendencia general al retraso en su ocurrencia y sugieren también un aumento en el tiempo que le toma a cada cohorte completar estas transiciones. Ilustramos estos aspectos en las gráficas 3 a 5, donde presentamos las funciones de sobrevivencia a los eventos primera unión, primer matrimonio y primer hijo, respectivamente. Los indicadores resumen de estas transiciones se encuentran en el cuadro 1.

Respecto a la primera unión (ya sea unión libre o matrimonio civil y/o religioso), notamos una ligera tendencia al retraso, que se distingue entre las mujeres desde edades más o menos tempranas, pero en los hombres sólo a partir de los 24 años (véanse gráficas 3a y 3b). Al final del periodo de observación se nota con más claridad como la proporción de unidos antes de los 30 años ha bajado entre las cohortes para ambos sexos. Es importante notar, que aunque la edad mediana y el primer cuartil no han sufrido mayores cambios (véase cuadro 1), el tercer cuartil se está situando a una edad sistemáticamente más tardía entre las cohortes. Así, el intervalo intercuartil o el tiempo que le toma a cada una de las cohortes completar la transición está aumentando. Esto nos indica la heterogeneidad, e incluso la polarización, con la que está ocurriendo la entrada en unión conyugal.

<Entran gráficas 3a y 3b>

El cambio más dramático se observa en el tipo de la primera unión al que están ingresando los jóvenes de las distintas cohortes. La proporción de mujeres que ha comenzado su vida conyugal vía unión libre ha aumentado ocho puntos porcentuales entre cohorte y cohorte. Así, entre las cohortes vieja y joven, la proporción de mujeres que optaron por la unión libre paso de dos de cada diez a dos de cada cinco (véase cuadro 1a). Este cambio en el tipo de la primera unión se hace evidente al observar la transición al primer matrimonio (véanse gráficas 4a y 4b). Comparada con la cohorte vieja, el retraso del matrimonio resulta evidente a partir de la edad 23 en la cohorte intermedia y desde la edad 20 en la cohorte más joven. El retraso ha sido de tal magnitud que apenas la mitad de los hombres nacidos a finales de los setenta han entrado en matrimonio antes de cumplir 30 años.

<Entran gráficas 4a y 4b>

En las mujeres la historia no es tan distinta, ellas también experimentan un retraso mayúsculo en la entrada en matrimonio que se vislumbra desde la edad 18 y aumenta sistemáticamente conforme avanza la edad. De modo que la diferencia en la proporción de las jóvenes que han realizado la transición antes de cumplir 30 años es de 20 puntos porcentuales entre las cohortes vieja y joven. Así, la proporción de casadas antes de los treinta años pasó de 75% a 55% entre las nacidas a principios de los cincuenta y las nacidas a finales de los sesenta.

primer empleo que se registra es aquel que tiene una duración mínima de un año, las experiencias laborales de mayor rotación para el caso de las mujeres no estarían registradas. De ahí que la primera experiencia laboral, de mayor estabilidad, sea con mayor frecuencia en ocupaciones en una mejor posición dentro de la estructura del mercado de trabajo.

También observamos un aumento sistemático en la mediana a la ocurrencia de este evento, la cual ha ganado dos años entre cohorte y cohorte en ambos sexos. Lo anterior sugiere un cambio sustancial en el régimen de nupcialidad de nuestro país, que puede o no responder al incremento en la desigualdad de oportunidades entre los jóvenes al momento de realizar estas transiciones, o bien a un cambio en las actitudes, preferencias y mayor aceptación de la unión libre como modo de unión conyugal. Por supuesto, ambas situaciones podrían estar ocurriendo en paralelo.

Finalmente, la transición al primer hijo nos muestra la misma tendencia de retraso entre cohorte y cohorte aunque los cambios son más moderados (véanse gráficas 5a y 5b). En el cuadro 1 podemos observar la similitud de los indicadores resumen: la mediana y el primer cuartil han permanecido casi constantes entre las cohortes. Sin embargo, en las mujeres observamos un aumento de dos años en la edad a la que el 75% de las mujeres de las cohortes vieja e intermedia transitaron a la maternidad. Finalmente, es importante destacar que el calendario de esta transición se acerca más al de la transición a la primera unión que al primer matrimonio. Es decir, la comparación de las funciones de sobrevivencia de los tres eventos sugiere que las cohortes intermedia y joven están transitando a la paternidad/maternidad en el contexto de una unión libre en lugar de un matrimonio. Así pareciera que uno de los cambios recientes en la formación de las familias es el resurgimiento de la unión libre como forma de unión igualmente adecuada para la reproducción.

<Entran gráficas 5a y 5b>

La relación entre la incertidumbre educativa/laboral y las transiciones familiares

Hasta el momento hemos visto la evolución de los marcadores sociodemográficos de la transición a la edad adulta en México, destacándose entre las mujeres la expansión educativa y el aumento de la participación en el mercado laboral y, en ambos sexos, el retraso de la entrada en matrimonio. Ahora nos interesa analizar el efecto de las características educativas y del empleo de los jóvenes sobre el calendario de las transiciones familiares. En esta última parte del análisis suponemos que el contexto institucional en el que ocurre la transición de la juventud a la edad adulta se manifiesta, hasta cierto punto, en las características educativas y de inserción laboral de los jóvenes afectando así sus trayectoria familiares. Dichas características, a su vez, podrían bien ser mecanismos a través de los cuales las políticas educativas y de empleo de los jóvenes operan en moldear las transiciones familiares, sea o no el objetivo implícito de estas políticas.

En los cuadros 4a y 4b se muestran los resultados del análisis de historia de eventos para estimar el riesgo de transición a la primera unión (incluyendo ambos tipos de unión), al primer matrimonio o unión libre como riesgos en competencia, al primer matrimonio sin considerar la unión libre, y al primer hijo. Estimamos modelos separados para hombres y mujeres. Observamos que los jóvenes que asisten a la escuela tienen menor propensión a experimentar las transiciones familiares en comparación con los que aún asisten. Es decir, el rol de estudiante no es compatible con el de pareja o el de madre o padre. Por ejemplo, entre las estudiantes la propensión a iniciar la maternidad es 78% menor que la de las no estudiantes.

<Entran cuadros 4a y 4b>

Respecto al nivel de instrucción destaca que una vez controlando por el efecto inhibitor de la asistencia escolar, las mujeres con estudios universitarios tienen menor riesgo de iniciar una unión conyugal sin distinguir su tipo, o bien, de iniciar la vida marital mediante una unión libre en comparación con las mujeres con estudios de secundaria. Por el contrario, las primeras tienen mayor probabilidad que las últimas de entrar en matrimonio, cuando no distinguimos entre la soltería y la unión libre. Los hombres universitarios también tienen menor riesgo de iniciar la vida conyugal por la vía de la unión libre respecto a sus similares con secundaria. El efecto negativo de tener un mayor nivel educativo en la entrada en unión libre se observa desde la preparatoria o carrera técnica. Tanto hombres como mujeres en este grupo educacional tienen menor riesgo de entrar en unión libre que sus similares con secundaria. Lo anterior aunado a que las mujeres con primaria tienen mayor riesgo de entrar en unión libre que las que tienen secundaria, sugiere que pese al aumento de la unión libre, esta sigue siendo más propensa entre los grupos con menor nivel educativo.

Para los hombres, el trabajar tiene un efecto acelerador de las transiciones familiares. Es decir, los jóvenes que trabajan tienen mayor riesgo de entrar en unión conyugal, cualquiera que sea su tipo, y de iniciar la paternidad en comparación con los jóvenes que no trabajan. Al contrario, las mujeres que tienen empleo retrasan dichas transiciones en comparación con las mujeres sin empleo. La única excepción del matrimonio (sin distinguir la cohabitación), en cuyo caso no existe suficiente evidencia estadística (en nuestros datos) que indique que las mujeres con o sin empleo transiten al matrimonio diferentemente. Por su parte, los años de experiencia laboral tienen un efecto positivo sobre el riesgo de ocurrencia de las transiciones familiares para las mujeres, pero no efecto significativo para los hombres. Estas diferencias entre hombres y mujeres nos recalcan diferencias de género arraigadas y persistentes sobre la importancia del hombre como proveedor y la incompatibilidad del empleo y la vida familiar en el caso de las mujeres.

Respecto al tipo de ocupación de los y las jóvenes encontramos que al controlar por el nivel de instrucción, las diferencias que ésta hace en el riesgo de ocurrencia de las transiciones familiares pierden su significancia estadística (datos no presentados), sugiriendo que el tipo de ocupación es un mecanismo a través del cual operan las diferencias educativas en la transición de la juventud a la edad adulta. Finalmente, queremos destacar que independientemente de sus características educativas y del empleo, los y las jóvenes nacidas en 1978-1980 tienen mayor riesgo de iniciar su vida conyugal en unión libre y menor riesgo de iniciarla con matrimonio, en comparación con sus similares nacidos en 1966-1968. Lo opuesto ocurre si comparamos los últimos con los nacidos en 1951-1953. De modo que observamos consistentemente una mayor propensión a la unión libre y una menor al matrimonio en las generaciones jóvenes. Pese a ello, no observamos diferencias estadísticamente significativas entre las cohortes respecto al inicio de la maternidad o paternidad, lo que nos sugiere, de nuevo, que la unión libre y el matrimonio son espacios igualmente aceptados para la reproducción.

5. Reflexiones finales. Instituciones, políticas y perspectivas en la transición a la adultez en México

El análisis presentado hasta aquí nos da un escenario de paradojas para los jóvenes en México. Hay una expansión importante en la educación que ha beneficiado principalmente a las mujeres y, con ello, ha cerrado la brecha de género en educación que persistió en el pasado. Los jóvenes de hoy permanecen, además, por más tiempo en la escuela, lo cual estructura su tiempo y sus actividades cotidianas durante los años de la adolescencia (hasta el

momento de iniciar la educación media superior, para la mayoría). Sin embargo, destaca que las ganancias en educación han sido menores en las últimas generaciones, lo que confirma que los avances—después de la gran expansión en la educación básica y media básica—han sido más modestos y que se han enfrentado más dificultades para universalizar el acceso y la terminación de la media superior. El estimado nacional en el abandono de la escuela sin terminar el bachillerato sería aún mayor si incluyéramos a la población rural (recordemos que este trabajo se centra en población en contextos urbanos).

Los cambios más lentos y volátiles en el ámbito laboral para los varones jóvenes urbanos nos reflejan la incertidumbre que persiste aún a pesar del incremento en la educación. En otras palabras, con los datos aquí analizados no se observa claramente la mejora en las condiciones laborales de los jóvenes que se debería corresponder con las ganancias en la educación. Hay un cierto retraso en la entrada al mercado de trabajo entre los hombres, que se observa principalmente antes de los 18 años. Hay también un cambio en la estructura ocupacional que implica una mayor inserción en empleos no manuales de baja calificación en las cohortes más recientes y, en consecuencia, una menor participación en las ocupaciones manuales de baja calificación. Esto responde al cambio en la orientación productiva y la estructura ocupacional en las economías urbanas y no necesariamente refleja una inserción más favorable como resultado de la mayor escolaridad y del retraso en la entrada al mercado de trabajo entre los hombres.

Entre las mujeres, se observan dos procesos. Una entrada más tardía al primer empleo y un aumento en las tasas de participación. El cambio principal se da entre la primera y la segunda cohortes analizadas. Resalta después un cambio más moderado en términos de la entrada de las mujeres al mercado de trabajo entre la cohorte intermedia y la cohorte más joven y un aumento importante en la participación en empleos de tiempo parcial. Aquí cabe preguntarse por qué no se ha dado un proceso más acelerado de aumento en la participación laboral femenina y por qué se mantiene un patrón de intermitencia en la trayectoria laboral de las mujeres jóvenes que sí ingresan en algún momento al mercado de trabajo. Una hipótesis posible es la falta de mecanismos institucionales que permitan una mayor conciliación entre mercado y trabajo y la gran dependencia que persiste de las relaciones familiares para el cuidado de los hijos y de los adultos mayores (Arriagada, 2007; García & Oliveira, 2011). Se requiere, en ese sentido, una política más asertiva que permita el acceso a opciones de cuidado—como guarderías—independientemente de la participación en trabajos formales e informales.

Los resultados en las transiciones institucionales nos adelantan ya un esquema de trayectorias heterogéneas en la adultez dependiendo del nivel educativo y la trayectoria laboral. Observamos que la diferenciación en los niveles educativos y en el empleo se vincula también con trayectorias familiares distintas. De hecho, más que una estandarización en las trayectorias familiares, lo que se observa es una polarización durante la etapa de la juventud. Según la experiencia de la cohorte más joven, entre un sector de la población mexicana que accede a la educación universitaria y tiene mejores opciones de participación laboral hay un claro retraso en las transiciones familiares—inclusive hasta alrededor de los treinta años. En contraste, entre los otros grupos de menor escolaridad, las diferencias son menores y las transformaciones en las trayectorias familiares han sido más modestas. Esto a pesar del cambio claro en los patrones de nupcialidad que nos indican que las uniones libres van en aumento y que, a pesar del retraso en el matrimonio, no se observa un claro patrón de retraso en la unión ni en la transición a la maternidad/paternidad. Más bien se observa un escenario de desigualdad en la que las jóvenes con menor educación entran en unión temprana y de tipo

libre, mientras las más educadas lo hacen mucho más tarde y de tipo legal. En general, los patrones en las transiciones familiares nos indican que la expansión en educación todavía no alcanza para modificar, a nivel agregado, la edad a la unión y al primer hijo.

Desde la perspectiva de las instituciones que estructuran el tránsito a la adultez, pareciera haber cierta estandarización en la adolescencia por el mayor tiempo de permanencia en la escuela hombres y mujeres. Sin embargo, después de la secundaria persisten patrones muy diferenciados dependiendo del estrato socioeconómico. La educación media superior todavía no juega el rol de estandarizar la vida de los jóvenes entre los 15 y 18 años. Por otro lado, persisten patrones muy heterogéneos en la entrada al mercado de trabajo—definidos en gran medida por la escolaridad, pero también por el género. En ese sentido, las características actuales del mercado de trabajo—precario, con alta rotación—incrementan la incertidumbre en cuanto al futuro para los jóvenes transitando a la adultez. Finalmente, las amplias diferencias de género en el patrón de inserción laboral también apuntan a la necesidad de definir acciones específicas para facilitar la participación económica de las mujeres jóvenes.

El Programa Nacional de la Juventud 2008-2012 ubicó a los jóvenes como actores estratégicos del desarrollo (IMJ, 2008). Los objetivos y líneas estratégicas se centraron principalmente en educación y en la inserción laboral, incluyendo algunos otros puntos como el de la salud sexual y reproductiva, conductas de riesgo (como el consumo de drogas) y la participación en actividades deportivas y artísticas como mecanismo de integración social. Adicionalmente se fijaron objetivos específicos para grupos vulnerables como población indígena, migrantes y jóvenes en comunidades rurales. El Plan Nacional de Desarrollo 2013-2018 mantiene continuidad en cuanto a los objetivos y políticas que podrían tener un impacto en los recursos y oportunidades que tienen los jóvenes. Se mantiene un énfasis en educación y el empleo y en la atención especial a los grupos que enfrentan contextos adversos y menores oportunidades de integración al proyecto de desarrollo nacional. Sin embargo, se mantiene ausente cualquier referencia al proceso de formación familiar.

En un desarrollo similar al que había cuando cambió la política de población hace cuarenta años (Miró, 1979), la ausencia de política o mención a las transiciones familiares pudiera indicar que se asume que, conforme se mejoren las perspectivas de los jóvenes, se tendría que dar un retraso en la unión y, por ejemplo, una disminución en la fecundidad adolescente.⁷ Los datos recientes nos señalan que esto no está sucediendo y que muy probablemente se requiere de la definición de políticas públicas orientadas a los jóvenes que incluyan explícitamente una consideración sobre las trayectorias familiares, los posibles beneficios de retrasar la entrada a la unión y de postergar la llegada (y no sólo de reducir el número) de los hijos. Esta es una discusión pertinente ahora que estamos por celebrar los 40 años del cambio en la política de población en México y cuando hay un cuestionamiento sobre si efectivamente “la familia pequeña vive mejor”.

⁷ A finales de los sesenta y principios de los setenta se dio un amplio debate entre los expertos en población en América Latina sobre si debían definirse o no políticas de planificación familiar para disminuir el crecimiento demográfico. Desde una perspectiva, se argumentaba que la mejor política de planificación familiar era el desarrollo y que, como resultado de este, las parejas reducirían el número de hijos (Miró, 1979; Alba, 2010). Mientras se desarrollaba este debate, los gobiernos de la región comenzaron por implementar campañas de planificación familiar a partir de los setenta y comenzó un proceso de clara reducción de la fecundidad en varios países, México incluido.

6. Referencias

Alba, Francisco (2010), “Reflexiones sobre población y desarrollo”, en Obras escogidas de Víctor L. Urquidí. *Ensayos sobre Población y Sociedad*. Selección y ensayo introductorio de Francisco Alba, México, El Colegio de México, pp.13-59.

Ariza, Marina & de Oliveira, Orlandina (2005), “Unión conyugal e interrupción de la trayectoria laboral de las trabajadoras urbanas en México”, in Coubès, Marie-Laure; Zavala de Cosío, María Eugenia & Zenteno, René (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.

Arriagada, Irma (2007), “Transformaciones familiares y políticas de bienestar en América Latina” en *Familias y políticas públicas en América Latina: Una historia de desencuentros*, (coords.) Arriagada Irma, Chile, CEPAL, CELADE, División de Población de la CEPAL y de la Unidad Mujer y Desarrollo, UNFPA, Cap. V, pp.125-149.

Cárdenas, Claudia (2010), “Modalidades diferenciadas: educación comunitaria y telesecundaria” en *Los Grandes Problemas de México*, Arnut Alberto y Giorguli Silvia (coords.) México, El Colegio de México, 7, pp.547-573.

Carmona, Doralicia (2014), *Memoria política de México*, México, Universidad de Guanajuato, <http://www.memoriapoliticademexico.org/>

Consejo Nacional de Población (2000), “Situación actual de las y los jóvenes en México”, *Diagnóstico sociodemográfico*, México.

Coubès, Marie-Laure y Zenteno, Rene (2005), “Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo”, en Marie- Laure Coubès, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 331-353.

Echarri, Carlos y Pérez Amador, Julieta (2001), “Becoming Adults: Life Course Transitions in Mexican Young People”, coautor Carlos J Echarri, presentado en *XXIV Conferencia Internacional de Población*, Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, San Salvador Bahía, Brasil.

Echarri, Carlos y Pérez Amador, Julieta (2007), “En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, 22 (1), pp.43-77.

Eder (2011), “Encuesta Demográfica Retrospectiva”, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México.

Filgueira, Carlos y Filgueira, Fernando (2002), “Models of Welfare and Models of Capitalism: The Limits of Transferability”, en Evelyne Huber (ed.): *Models of Capitalism. Lessons for Latin America*, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania.

Fussell, Elizabeth, Anne H. Gauthier and Ann Evans (2007), "Heterogeneity in the Transition to Adulthood: The Cases of Australia, Canada, and the United States" in *European Journal of Population*, (23), pp.389-414.

García, Brígida y de Oliveira, Orlandina (2011), "Cambios Familiares y Políticas públicas En América Latina" *Annual Review of Sociology*, August, **37**, pp.613-633.

García, Brígida y Pacheco, Edith (2011), "La participación económica en el censo de población 2010" en *Coyuntura Demográfica en Coyuntura Demográfica*, México, SOMEDE y Colegio de México, (1), pp.32-38.

García, Brígida y Edith Pacheco (2000), "Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la Ciudad de México en 1995", *Estudios Demográficos y Urbanos*, **15** (1), pp.35-63.

Gauthier, Anne H (2007), "Becoming a Young Adult: An International Perspective on the Transitions to Adulthood" in *European Journal of Population*, **23**, pp.217-223.

Giorguli Silvia (2011), "Caminos divergentes hacia la adultez en México", en G. Binstock y J. Melo Vieira (coords.), *Nupcialidad y Familia en la América Latina Actual*, Rio de Janeiro: ALAP, pp.123-163.

Giorguli Silvia, Patricio Solis, Martin Benavides, Georgina Binstock, Marcela Cerrutti (2009). "Institutional settings and adolescent paths out of school and into the labor force in Buenos Aires, Lima and Mexico City", ponencia presentada en la *XXVI IUSSP International Population Conference*, Marruecos, pp.54.

Horbath, Jorge (2004), "Primer empleo de los jóvenes en México", en *Papeles de Población*, México, (42), año 10.

IMJ (2002), "Programa Nacional de Juventud 2002- 2006" *Jóvenes, actores estratégicos del desarrollo nacional*. México. Instituto Mexicano de la Juventud (Projuventud).

IMJ (2008), "Programa Nacional de la Juventud 2008-2012" [en línea] [consultado agosto 2013]. Disponible en: http://www.imjuventud.gob.mx/archivos/pdfs/trans_programa_nacional_de_juventud.pdf

Liefbroer, Aart C. (2005), "Transition from youth to adulthood in the Netherlands" en H-P. Blossfeld; M. Mills; E. Klijzing y K.Kurz (eds.), *Globalization, Uncertainty and Youth in Society*. London, Routledge.

Meza, Liliana; Pederzini, Carla (2009). "Migración internacional y escolaridad como medios alternativos de movilidad social: el caso de México", *Estudios Económicos*, pp. 163-206.

Mills, M. and H.-P. Blossfeld (2005), "Globalization, uncertainty and the early life course. A theoretical framework" en H-P. Blossfeld; M. Mills; E. Klijzing y K.Kurz (eds.), *Globalization, Uncertainty and Youth in Society*. London, Routledge., pp 1-24.

Mills, M. y H-P.Blossfeld (2005), "Increasing Uncertainty and Changes in the Transition to Adulthood in Modern Societies", en H-P. Blossfeld; M. Mills; E. Klijzing y K.Kurz (eds.), *Globalization, Uncertainty and Youth in Society*. London, Routledge.

Miró, Carmen (1979), "Política de población: ¿Qué? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo?", Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, *Conferencia Regional Latinoamericana de Población*, México, **2**:275-281.

Oliveira, Orlandina y Mora, Minor (2008), *Desigualdades sociales y transición a la adultez en el México contemporáneo Papeles de Población*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, **14** (57):117-152.

Skouffias, E. y S. W. Parker (2001), "Conditional Cash Transfers and their Impact on Child Work and Schooling: Evidence from the PROGRESA Program in Mexico", *Journal of the Latin American and Caribbean Economic Association*, **2** (1), pp.145-151.

PND (2013), "Plan Nacional de Desarrollo 2013-2018" México, *Gobierno Federal*, [en línea] [consultado agosto 2013]. Disponible <http://pnd.gob.mx/>.

Pérez Amador, Julieta (2008), "Análisis Multiestado Multivariado de la Formación y Disolución de las Parejas Conyugales en México." *Estudios Demográficos*, México, **23**(3), pp.481-511.

Pérez Amador, Julieta (2013), "Understanding the Continuity and Change of Cohabitation in Mexico: Same as Before or Different Anew?" XXVII International Population Conference, Agosto 2013.

Rodríguez, Ernesto (2008), "Políticas Públicas para la juventud en América Latina: experiencias" en *Pensamiento Iberoamericano: Inclusión y ciudadanía: perspectivas de la juventud en Iberoamérica*, Uruguay, (3), pp.273-291.

Solís, Patricio (2004), "Cambios recientes en la formación de uniones consensuales en México", en Lozano Ascencio, Fernando (coords.), *El amanecer del siglo y la población mexicana*, Sociedad Mexicana de Demografía, Cuernavaca, pp.351-370.

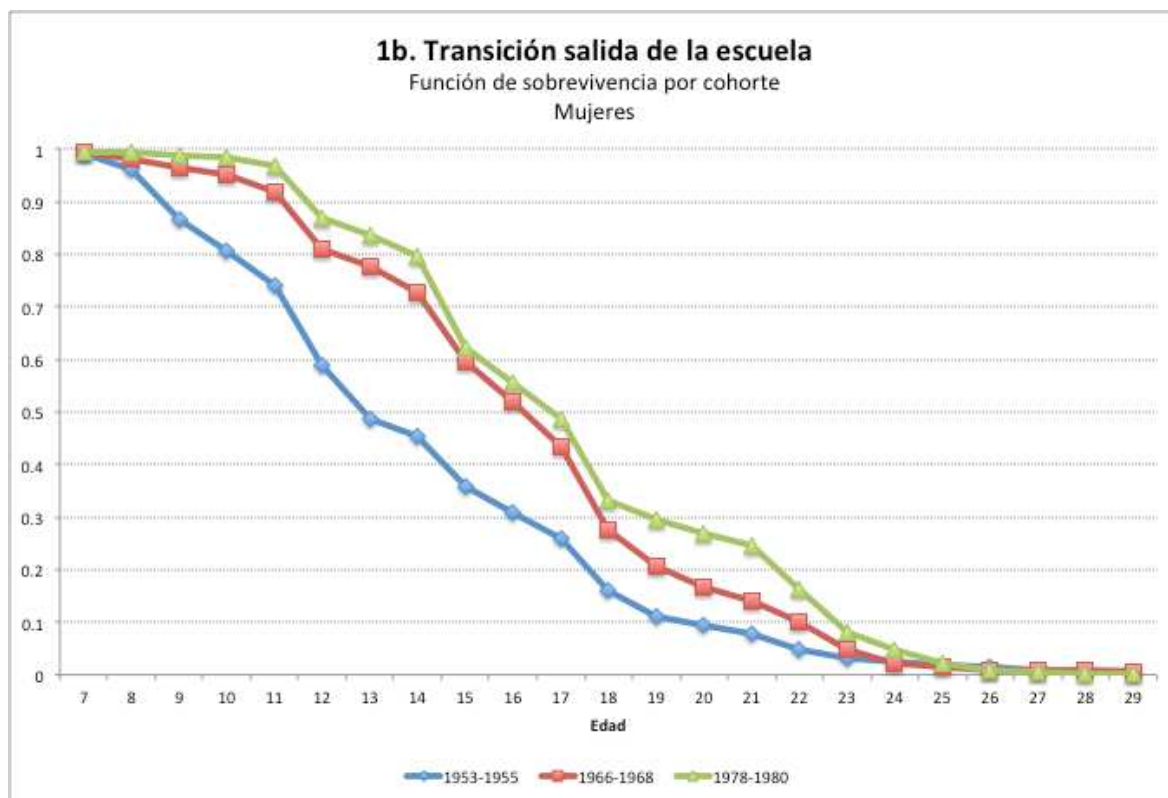
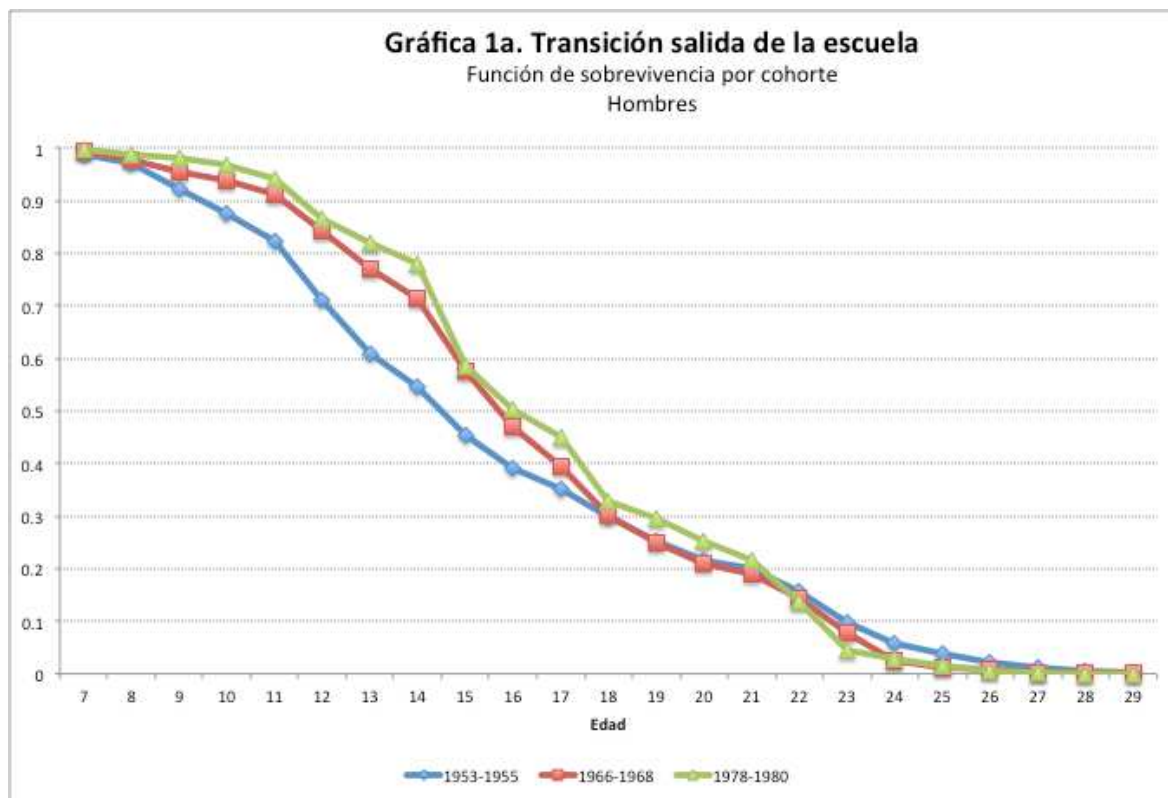
Tuirán, Rodolfo (1999), "Dominios institucionales y trayectorias de vida en México", en Beatriz Figueroa Campos (coords.), *México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos*, México, CEDDU-El Colegio de México/SOMEDE, pp. 207-241.

Vargas, Patricia (2011), "La cobertura en salud y el Seguro Popular", en *Coyuntura Demográfica*, (1), pp.52-56.

Zavala, Maria y Páez, Olinca (2013), "El retraso en la salida de la escuela no pospone la maternidad en México", en *Coyuntura Demográfica*, México, SOMEDE y Colegio de México, (4) año.3:13.19.

Valencia, Enrique (2010), "Los debates sobre los regímenes de bienestar en América Latina y en el Este de Asia. Los casos de México y Corea del Sur", *Espiral*, **26** (47), pp.65-103.

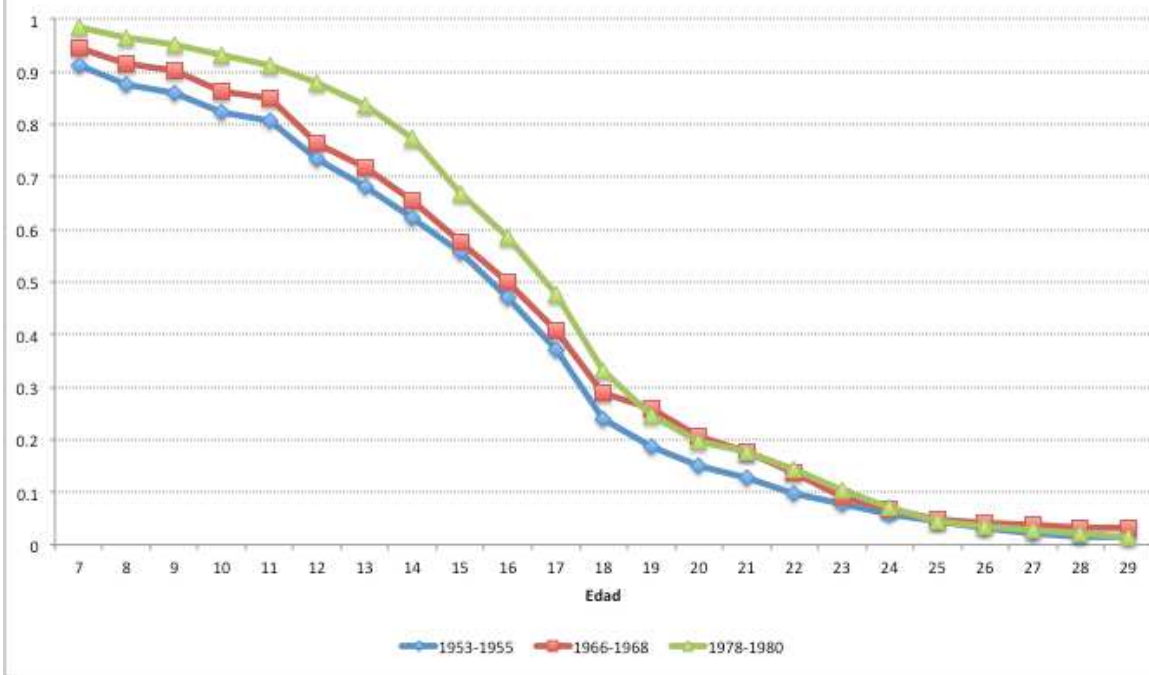
7. Gráficas y cuadros



Gráfica 2a. Transición al primer empleo

Función de supervivencia por cohorte

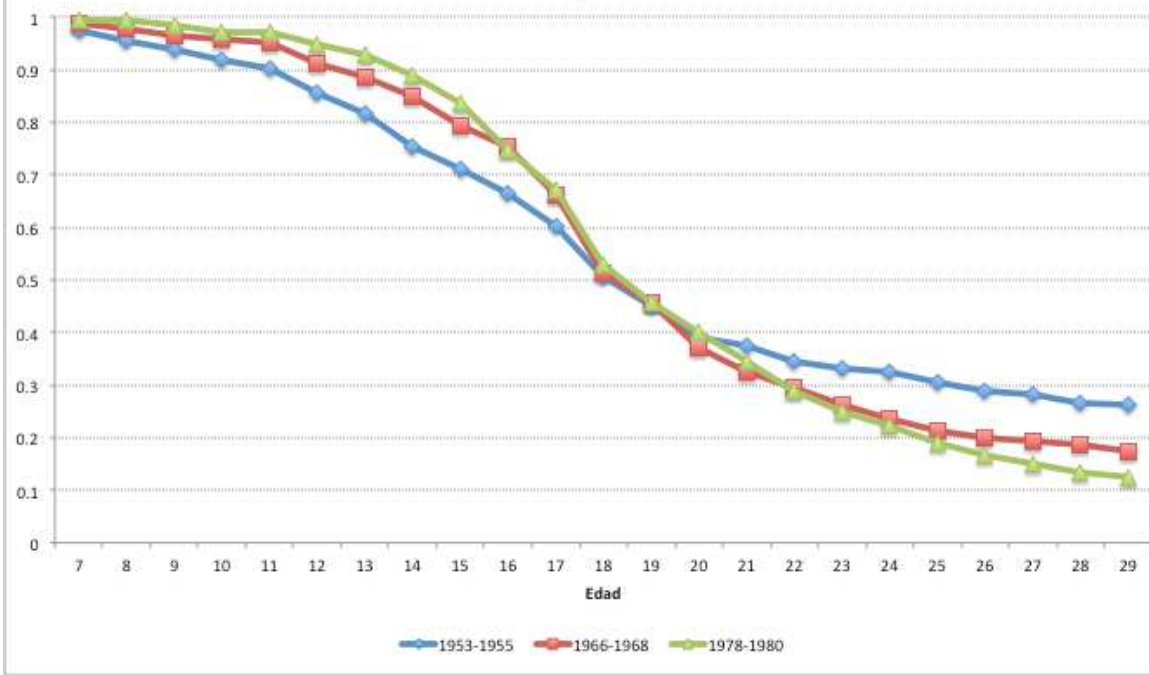
Hombres



Gráfica 2b. Transición al primer empleo

Función de supervivencia por cohorte

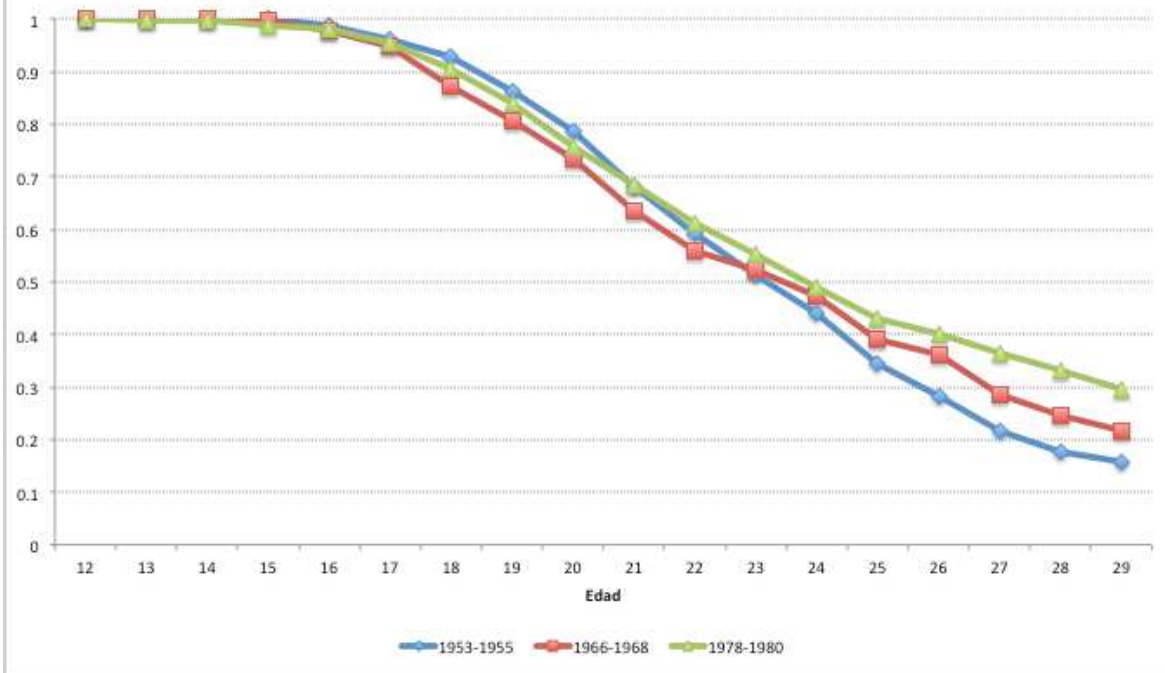
Mujeres



Gráfica 3a. Transición a la primera unión

Función de supervivencia por cohorte

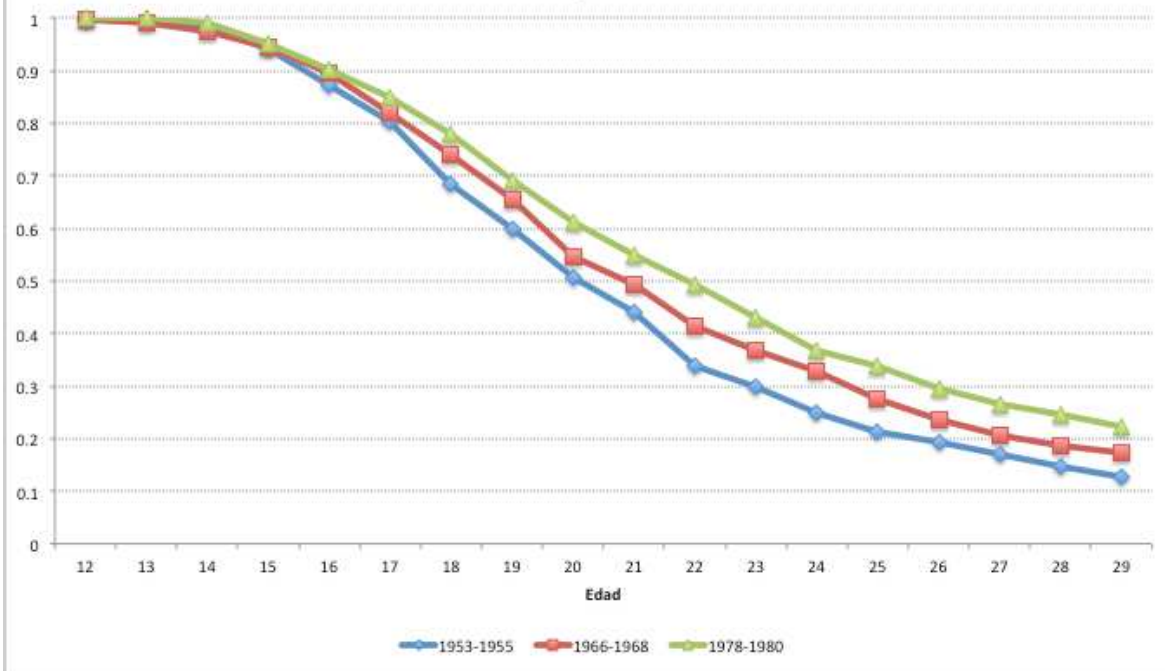
Hombres



Gráfica 3b. Transición a la primera unión

Función de supervivencia por cohorte

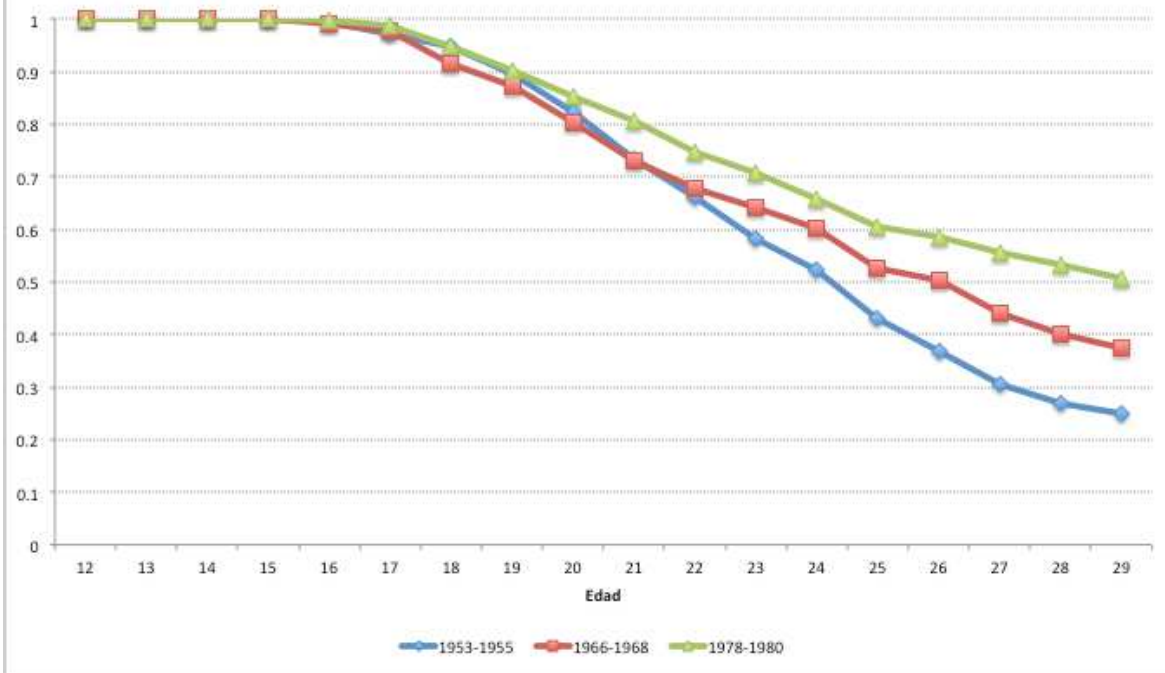
Mujeres



Gráfica 4a. Transición al primer matrimonio

Función de sobrevivencia por cohorte

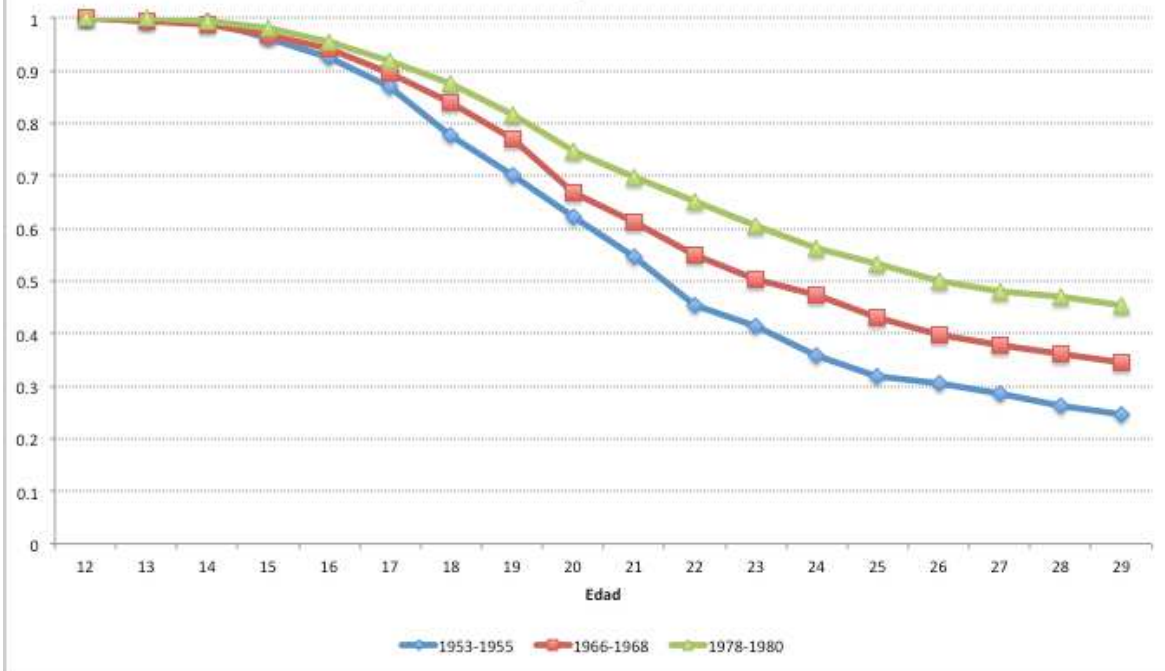
Hombres



Gráfica 4b. Transición al primer matrimonio

Función de sobrevivencia por cohorte

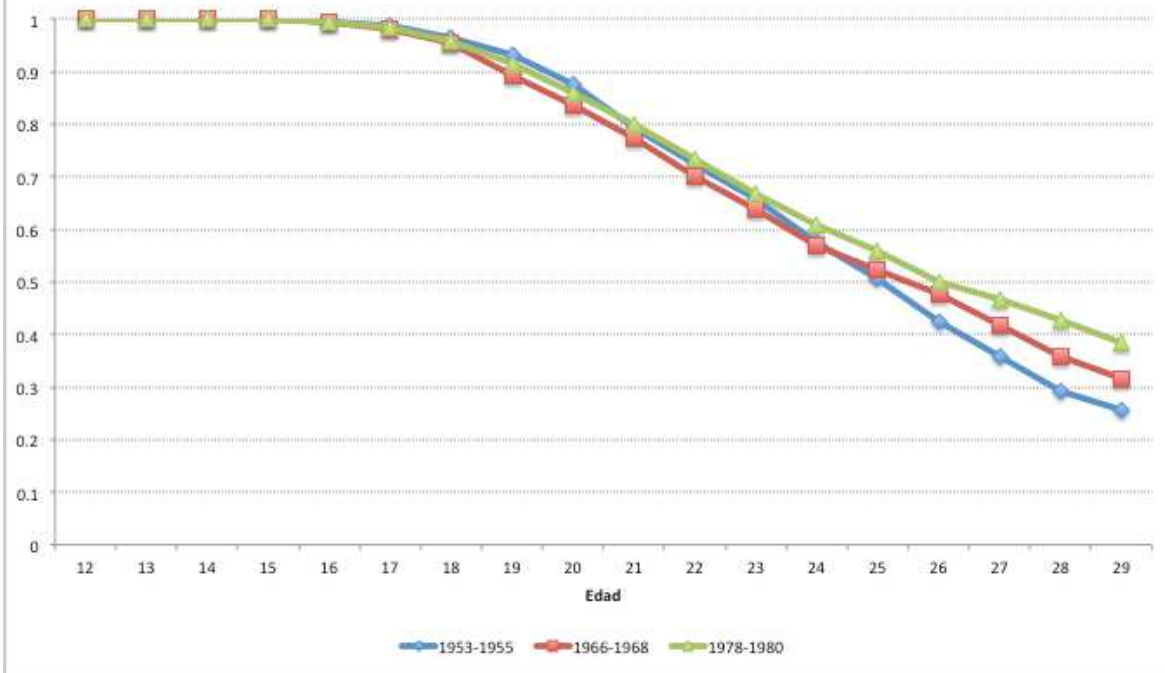
Mujeres



Gráfica 5a. Transición al primer hijo(a)

Función de sobrevivencia por cohorte

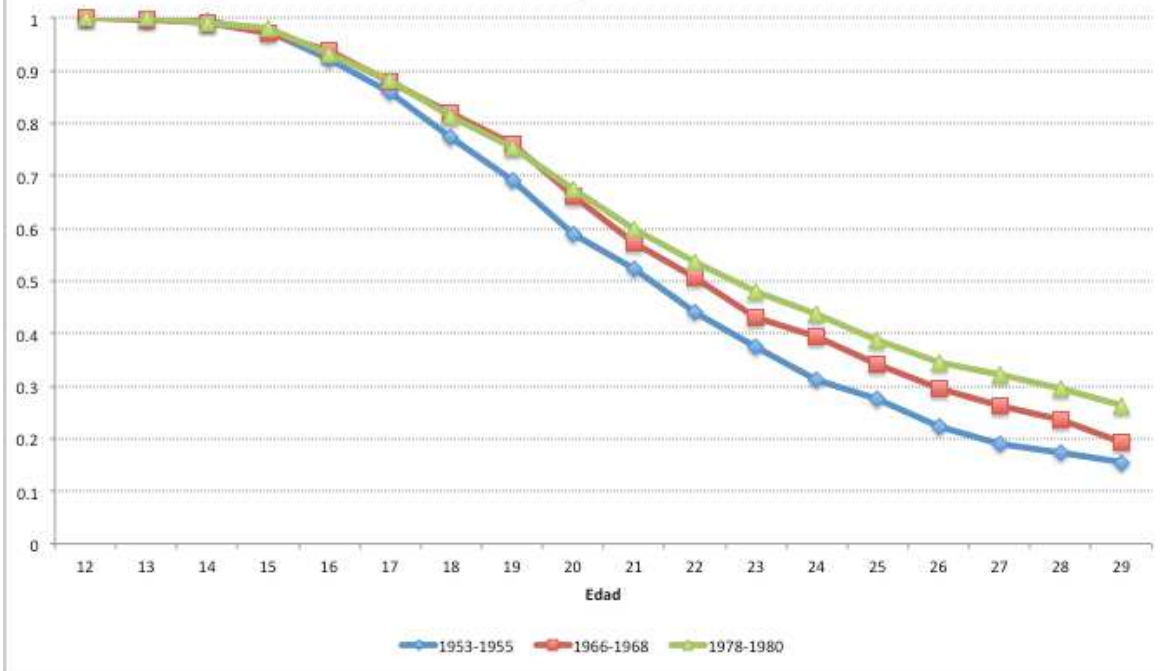
Hombres



Gráfica 5b. Transición al primer hijo(a)

Función de sobrevivencia por cohorte

Mujeres



Cuadro 1a. México. Indicadores de la transición de la juventud a la edad adulta

	Mediana a la salida de la escuela	Mediana al primer empleo	Mediana a la primera unión	Porcentaje		
				que entra en unión vía libre	Mediana al primer matrimonio	Mediana al primer hijo
Hombres						
1951-53	15	16	24	17	25	26
1966-68	16	16	24	27	27	26
1978-80	17	17	24	39	.	27
Mujeres						
1951-53	13	19	21	21	22	22
1966-68	17	19	21	29	24	23
1978-80	17	19	22	37	26	23

Fuente: Elaboración propia con base en Eder 2011, jóvenes de 12 a 29 años (N=2840)

Cuadro 1b. Rango intercuartil

	Salida de la escuela		Primer empleo		Primera unión		Primer matrimonio		Primer hijo	
	20	25	20	25	20	25	20	25	20	25
Hombres										
1951-53	12	20	12	18	21	27	21	29	22	.
1966-68	14	19	13	20	20	28	21	.	22	.
1978-80	15	21	15	19	21	.	22	.	22	.
Mujeres										
1951-53	11	18	18	.	18	24	19	29	19	26
1966-68	14	19	20	24	18	26	20	.	20	28
1978-80	15	21	19	24	19	28	20	.	20	.

Fuente: Elaboración propia con base en Eder 2011, jóvenes de 12 a 29 años (N=2840)

Cuadro 2. México. Estatus educativo y ocupacional a los 20 y 25 años

	En la escuela*		Empleado*		Empleo de tiempo parcial**		En la escuela y con empleo*		No estudia y sin empleo		Ha trabajado*		Al menos un periodo de no-empleo***	
	20	25	20	25	20	25	20	25	20	25	20	25	20	25
Hombres														
1951-53	24.0	7.6	82.8	92.5	8.3	5.0	14.6	.	7.8	5.7	84.9	95.7	5.1	7.7
1966-68	21.3	3.0	76.0	92.6	7.3	3.5	9.7	.	12.5	6.5	79.2	95.2	6.7	9.2
1978-80	26.9	3.5	74.9	90.3	10.1	4.7	11.4	.	9.7	8.9	80.5	95.4	11.5	16.0
Mujeres														
1951-53	10.0	3.3	45.7	42.8	11.2	15.0	3.5	.	47.9	56.5	60.8	69.6	28.1	45.9
1966-68	17.2	2.2	49.9	53.6	12.2	13.4	7.2	.	40.1	46.0	62.8	78.7	24.3	41.0
1978-80	27.8	3.5	48.4	56.9	17.5	12.3	9.4	.	33.1	41.6	60.0	81.0	25.5	40.5

* Porcentaje respecto al total de jóvenes

** Porcentaje respecto a los jóvenes empleados

*** Porcentaje respecto a los jóvenes que han trabajado

Fuente: Elaboración propia con base en Eder 2011, jóvenes de 12 a 29 años (N=2840).

Cuadro 3. México. Diversas características al primer empleo

Sexo/Cohorte	Asiste a la escuela	Empleo de tiempo parcial	Posición en el empleo		Ocupación			
			Patrón, salariado y otros	Cuenta propia y otros	Manual		No manual	
					No calificado	Semi y calificado	No calificado	Semi y calificado
Hombres								
1951-53	36.8	21.3	77.5	22.5	52.9	17.6	13.0	16.5
1966-68	43.5	23.8	76.9	23.1	50.1	21.4	15.1	13.4
1978-80	36.4	19.9	83.8	16.2	40.6	24.0	21.7	13.8
Mujeres								
1951-53	17.2	18.2	78.4	21.6	36.7	17.7	31.3	14.4
1966-68	27.2	19.5	87.4	12.6	24.2	18.1	39.3	18.4
1978-80	28.3	22.4	89.2	10.8	19.0	19.2	42.2	19.6

Fuente: Elaboración propia con base en Eder 2011, jóvenes de 12 a 29 años (N=2840)

Cuadro 4a. México. Efectos de las características sociodemográficas seleccionadas en la ocurrencia de los eventos en la transición de la juventud a la edad adulta. Hombres

Característica/Evento	Unión ¹	Unión libre ²	Matrimonio ²	Matrimonio ³	Primer hijo(a)
Cohorte (referencia: 1966-1968)					
1953-1955	0.085	-0.521 **	0.251 **	0.316 ***	0.076
1978-1980	-0.166 *	0.283 *	-0.364 ***	-0.378 ***	-0.137
Asiste a la escuela	-0.708 ***	-0.719 **	-0.703 ***	-0.720 ***	-0.712 ***
Nivel educativo (referencia: secundaria)					
Primaria o menos	-0.253 **	0.011	-0.347 **	-0.280 **	-0.182 *
Preparatoria	-0.235 *	-0.318 +	-0.202 +	-0.120	-0.281 **
Universidad	-0.178	-0.819 **	-0.015	0.169	-0.365 **
Trabaja	0.653 ***	0.789 ***	0.602 ***	0.588 ***	0.986 ***
Años de experiencia laboral	0.015	0.015	0.016	0.003	0.013
Edad	1.420 ***	1.232 ***	1.543 ***	1.564 ***	1.426 ***
Edad ²	-0.029 ***	-0.026 ***	-0.032 ***	-0.033 ***	-0.028 ***
Constante	-19.208 ***	-18.044 ***	-21.086 ***	-21.133 ***	-20.648 ***
Años persona vividos	17993	17993	--	19693	19750
Número de eventos	1071	283	788	854	940
Df	11	22	--	11	11
Log likelihood	-3438.761	-4008.355	--	-3048.717	-3161.228
BIC	6954.263	8170.189	--	6171.684	6397.76

1/ La primera unión incluye, indistintamente, unión libre y matrimonio.

2/ La unión libre y el matrimonio son tratados como eventos que compiten en su ocurrencia (riesgos en competencia).

3/ El matrimonio no incluye a la unión libre, ésta es considerada como un estado indistinto a la soltería.

Fuente: Elaboración propia con base en Eder 2011, jóvenes 12-29 años (N=1387).

+p < .10 *p < .05. **p < .01. ***p < .001.

Cuadro 4b. México. Efectos de las características sociodemográficas seleccionadas en la ocurrencia de los eventos en la transición de la juventud a la edad adulta. Mujeres

Característica/Evento	Unión ¹	Unión libre ²	Matrimonio ²	Matrimonio ³	Primer hijo(a)
Cohorte (referencia: 1966-1968)					
1953-1955	-0.046	-0.489 **	0.114	0.226 **	-0.058
1978-1980	-0.073	0.275 **	-0.229 *	-0.274 **	-0.010
Asiste a la escuela	-1.239 ***	-1.422 ***	-1.184 ***	-1.194 ***	-1.498 ***
Nivel educativo (referencia: secundaria)					
Primaria o menos	0.147	0.275 +	0.094	-0.039	0.103
Preparatoria	-0.037	-0.530 **	0.137	0.332 **	-0.091
Universidad	-0.259 *	-1.062 ***	0.011	0.365 **	-0.526 ***
Trabaja	-0.247 **	-0.351 *	-0.215 *	-0.039	-0.747 ***
Años de experiencia laboral	0.034 **	0.054 *	0.027 +	0.023 +	0.064 ***
Edad	1.258 ***	0.841 ***	1.489 ***	1.351 ***	1.300 ***
Edad ²	-0.028 ***	-0.019 ***	-0.034 ***	-0.031 ***	-0.028 ***
Constante	-15.371 ***	-12.083 ***	-18.258 ***	-16.664 ***	-16.286 ***
Años persona vividos	16166	16166	--	18663	17379
Número de eventos	1196	340	856	938	1152
Df	11	22	--	11	11
Log likelihood	-3749.939	-4410.367	--	-3345.979	-3628.679
BIC	7577.832	8976.642	--	6767.24	7334.901

1/ La primera unión incluye, indistintamente, unión libre y matrimonio.

2/ La unión libre y el matrimonio son tratados como eventos que compiten en su ocurrencia (riesgos en competencia).

3/ El matrimonio no incluye a la unión libre, ésta es considerada como un estado indistinto a la soltería.

Fuente: Elaboración propia con base en Eder 2011, jóvenes 12-29 años (N=1453).

+ $p < .10$ * $p < .05$. ** $p < .01$. *** $p < .001$.